

Escritos sobre ocultismo y masonería

Fernando Pessoa

Introducción, traducción y notas de Florencia Preatoni



ESPA
PDF

Conocido sobre todo por su monumental Libro del desasosiego, Fernando Pessoa cultivó durante su vida la afición por temas esotéricos y sociedades ocultas, temas en los que empezó a interesarse tras el suicidio en París de su amigo Mario de Sá Carneiro. Si bien reconoce no haber pertenecido nunca a ninguna de ellas, su erudición y su estilo nos legan unos escritos que muestran su gran bagaje e interés en dichos temas. La masonería, a la que defiende públicamente en un escrito de réplica a una ley proscriptiva, es uno de los temas

que le obsesionan. La metafísica, los sistemas filosóficos, el paganismo, la verdad, el autoanálisis, etc. son, entre otros, los temas que Pessoa aborda en estos escritos, en los que no abdica de su particular estilo y prosa.



Fernando Pessoa

Escritos sobre ocultismo y masonería

ePub r1.0

Fernando Pessoa, 2008

Traducción: Florencia Preatoni

Diseño de cubierta: Modesto García
Maldonado

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

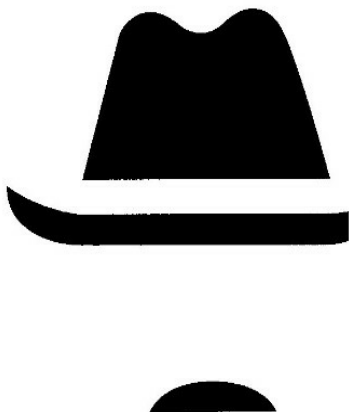



epublicre

Escritos sobre ocultismo y masonería

Fernando Pessoa

Introducción, traducción y notas de Florencia Preatoni



PRÓLOGO

Fernando Antonio Nogueira Pessoa nació en Lisboa, Portugal, el 13 de junio de 1888. Desde 1896 Vivió en Durban, Sudáfrica, donde su padrastro, el portugués João Miguel Rosa, había sido designado cónsul. En 1905 retorno a Portugal e inició sus estudios en Letras, los cuales abandonó para dedicarse a la traducción Comercial. Comenzó a publicar textos poéticos en 1915, en la revista «Orféu» y luego en su propia publicación «Athena». Falleció en Lisboa en 1935, a los cuarenta y siete años.

Fernando Pessoa se caracterizó, entre otras cosas, por utilizar, a lo largo de su vida, diversos seudónimos y heterónimos. Los heterónimos, a diferencia de los seudónimos (en ocasiones, Pessoa escribía bajo su propia personalidad pero tras un seudónimo, como por ejemplo Raphael Baldaya, A. A. Cross, Thomas Crosse, Pantaleao, Charles Robert Anon, Maria José, Adolf Moscow), son personalidades poéticas completas con identidades ficticias que se vuelven verdaderas no sólo a través de su manifestación artística propia sino también a través de su biografía, que las diferencia del autor original. Algunos de

los heterónimos mas conocidos y prolíficos fueron Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Alberto Caeiro y Bernardo Soares (considerado semiheterónimo), este ultimo autor del *Livro do Desassossego*. Los heterónimos pueden ser vistos como la expresión de diferentes facetas de su personalidad y como la manifestación de una profunda imaginación y creatividad. Es sabido que el primer heterónimo creado por Pessoa fue Chevalier de Pas cuando tenía tan sólo seis años, pocos meses después de que muriera su padre.

En 1902, creó el periódico «O Palrador» cuyo equipo estaba formado por un grupo de heterónimos ideados

por él: Pedro da Silva Salles, redactor; Luiz Antonio Congo, secretario de redacción; José Rodriquez do Valle, en la dirección literaria; y como administrador Antonio Augusto Rey da Silva. En este periódico colaboro también Eduardo Langa, un brasileño que fijará su residencia en Lisboa. Ya en la Ciudad de Durban, en 1903, forjo nuevas personalidades: Alexander Search y su hermano Charles Iarnes Search y David Merrick, que luego lo acompañarían en su regreso definitivo a Lisboa, en 1905.

El ortónimo, es decir, el propio Fernando Pessoa, fue profundamente influido, en varios momentos, por

doctrinas religiosas como la teosofía y sociedades secretas como la masonería. Tuvo relaciones con el ocultismo y el misticismo, especialmente con la orden de los Rosacruces, al punto de haber defendido públicamente a estas organizaciones iniciáticas en el «Diario de Lisboa», el 4 de febrero de 1935, contra los ataques por parte de la dictadura del «Estado Novo». El mencionado artículo, como así también otros que formaron parte de dicha polémica, integra el presente volumen.

Además de *Mensagem*, las obras en las cuales Fernando Pessoa aparece como autor son los poemas reunidos en el llamado *Cancioneiro*, los *Poemas*

dramáticos, las poesías «À memoria do presidente-rei Sidônio Pais» y «Quinto Império», las «Quadras ao gosto popular», los poemas ingleses y franceses. Muchos de los poemas en inglés recibieron gran atención de la crítica, sobretudo por explorar una tendencia que sólo en Álvaro de Campos es posible rastrear: el erotismo hedonista, característico de *Epithalamium* y *English Poems III* (1921).

Pessoa es, sin duda, uno de los poetas mas importantes de la literatura portuguesa, responsable de introducir en el extremo occidente de la península las vanguardias históricas o modernistas

(como se las dio en llamar), para lo cual se valió, muchas veces, de sus heterónimos, ya que estos le permitían desdoblarse en múltiples voces poéticas, ideológicas, estéticas. Se le reconocen, especialmente, influencias filosóficas de Nietzsche y Schopenhauer, por una especie de extremo nihilismo existencial expresado en versos como «Não: não quero nada»; «Nada me prende a nada»; «Não sou nada»; «Há metafísica bastante em não pensar em nada», como si sólo creyese en lo que no existe, «O mito é o nada que é tudo».

No demoró en convertirse en el principal foco estético de la vanguardia lusófona creando, inclusive, lo que

llamó Interseccionismo y Sensacionismo. La mayor parte de sus críticos acuerdan en adjudicarle la capacidad de hacer un uso crítico de la poesía. Él mismo asumió la influencia que recibiera de Camilo Pessanha, Cesário Verde y muchos otros pero, sin embargo, estas y otras fuentes fueron íntegramente reprocesadas por su propia conciencia poética y por su poderoso arsenal de recursos estilísticos.

Hacia fines de la década del '20, Pessoa incursionó en la publicidad, creando el slogan de «Coca-cola» que rezaba «Primeiro estranha-se, depois entranha-se»; en parte apoyándose en el propio slogan, la dirección de Salud de

Portugal prohibió la representación de la bebida por considerarla tóxica.

El único libro de poesías en portugués que Pessoa publicó en vida fue *Mensagem*, en 1934. Se trata de un poema esotérico y místico sobre la historia de Portugal que gana el premio de la segunda categoría del Secretariado de Propaganda Nacional.

A pesar de que, evidentemente, no tenía prisa por publicar, realizó a lo largo de su existencia un minucioso trabajo de archivo de su obra. Luego de su muerte, en el interior del baúl en el que guardaba sus textos, fueron encontrados cerca de veinticinco mil manuscritos (poemas, obras teatrales,

prosa, crítica literaria, textos políticos, horóscopos, etcétera) que hoy se encuentran en la Biblioteca Nacional de Lisboa.

El interés de Pessoa por la astrología y las logias secretas comenzó a partir de la impresión que causó en él el suicidio de Mario de Sá-Carneiro en París. Este hecho lo llevó a buscar respuestas en las ciencias ocultas. Se entusiasmó con las sociedades secretas de los masones, los rosacruces y los templarios. Conoció el espiritismo, la cábala y la magia. Tradujo al portugués muchos libros de la Colección Teosófica y Esotérica. Bajo la influencia del

ocultismo escribió *O último sortilégio* y *Além-Deus*.

Pessoa, geminiano con ascendiente en escorpio, era conocedor y practicante de la astrología, tenía la costumbre de hacer consultas astrológicas para sí mismo; realizó más de mil horóscopos y cartas astrales. Inclusive, cierta vez, leyendo una publicación inglesa del famoso ocultista Aleister Crowley, el portugués encontró errores en el horóscopo y escribió al astrólogo para corregirlo; este hecho cautivó a Crowley, quien llegó a ir a Portugal junto a la maga alemana Miss Jaeger para conocer al poeta personalmente. Luego del mencionado encuentro, los

tres sostuvieron correspondencia durante algún tiempo.

En una carta enviada a su tía Anica, Pessoa relató sus vivencias espirituales e hizo referencia a experiencias como la escritura automática y la percepción de su propia «aura magnética», a la que el escritor conseguía reconocer no sólo en él sino en casi cualquier persona. Estas visiones, al contrario de incomodarlo, le despertaban curiosidad. Estaba convencido de que su iniciación hacia sentidos superiores era guiada por un maestro desconocido.

Fue a partir de 1918 cuando la poesía de Pessoa comenzó a despertar el

interés de los críticos. El *Times* y el *Glasgow Herald* le dedicaron reseñas a sus poemas en lengua inglesa y comenzó a escribir en las más importantes revistas portuguesas: en *Contemporânea* publica *O Banqueiro Anarquista*, *Mar Português*, *O Menino da Sua Mãe*, *Lisbon Revisited*, entre otros.

Los textos incluidos aquí, si bien diversos, tienen en común el ser los que más fielmente —si es que algo de este género se puede predicar sobre el poeta— esculpen una semblanza del propio Pessoa. Algunos de ellos, como «Los orígenes y esencia de la Masonería y su

contribución judaica»^[1] o «La Masonería»^[2] porque trazan el perfil que el portugués asumió en la polémica desatada a partir de la decisión que el «Estado Novo» tomó respecto a la prohibición de sociedades secretas con fines religiosos, políticos o filosóficos. Otros, como «Clasificación de los sistemas filosóficos»^[3] porque ahondan en su concepción místico-esotérica de la filosofía y arrojan alguna luz sobre el quid de su intervención revulsiva en la coyuntura política que la dictadura de Oliveira Salazar intentó regular (téngase en cuenta que inicialmente, Pessoa había defendido la dictadura estadonovista

para luego retractarse). Finalmente, «Declaración de diferencia», «Diario al acaso», «Educación sentimental», «Formas del buen soñar en los metafísicos», «El amante visual», «Río de la posesión» y «Vía Láctea» fueron atribuidos por Pessoa alternativamente a Vicente Guedes y a Bernardo Soares^[4].

Otro denominador común de estos textos es la profunda carga simbólica y el misterio que los envuelve; impera el lenguaje iniciático que Fernando Pessoa parece haber experimentado en su propia carnadura. Dotados de una profunda sensibilidad, algunos de los textos develan experiencias sobrenaturales. Pessoa evidencia un

agudo interés y conocimiento por los misterios más antiguos aproximándose, en efecto, al paganismo. La realidad oculta fue para el poeta una fuerte presencia a lo largo de toda su vida. Se veía a sí mismo como un misionero, un mensajero o un intermediario entre la humanidad y un ser que la trasciende. En diversos textos Pessoa deja entrever su conciencia de una relación con lo divino.

El criterio de traducción que se ha utilizado en todos los textos que integran este volumen es el de la «lealtad textual», es decir, se intentó mantener el máximo equilibrio posible entre el uso original que hace Pessoa de la sintaxis y

la comprensibilidad necesaria para el lector. No obstante, el traductor que ha buceado en las profundidades de la obra de Fernando Pessoa es consciente de que, al emerger, no le sera posible mostrar todos aquellos tesoros que pudo contemplar en la sima. Por ello, sabemos que la tarea de un buen traductor tiene algo de imposible, de inacabado.

Florencia Preatoni
agosto de 2007

ORIGEN Y ESENCIA DE LA MASONERÍA

La idealidad judaica se manifiesta de tres formas diferentes, todas ellas contaminadas del materialismo central de la raza, ritmo del péndulo de la vida que la anima. La primera forma es su patriotismo tradicionalista; y patriotismo tradicionalista, sea de la nación que fuere, es el modo más material del sentimiento de la patria o de la raza. La segunda forma es la especulación cabalística, en que, a pesar de que se pretenda sutilizar, por interpretaciones

de tres órdenes, el contenido del Pentateuco, es más que el Pentateuco, nunca se alcanza una verdadera abstracción o una espiritualidad verdadera: material, considerando lo que pretende ser, es además el Nombre Inefable, materiales los Sephiroth, los Arcángeles, los Ángeles y las Esferas Celestes, a través de quienes ven hasta nosotros Su emanación. La tercera forma—no más reciente, sino mas recientemente sensible—es el idealismo social en todos sus modos, desde el igualitarismo hasta el naturalismo, y esa es material por su misma naturaleza.

Acusan a los cabalistas, de cuya sinceridad original no se duda de, primero, a través de la Rosacruz, haber creado la Masonería, Orden supuestamente anticristiana, y de, más tarde, por diversas vías, haberse infiltrado en ella, para, presumiblemente, contrariar y vencer las expansiones Cristiana y templaria que se manifestaron, después de la Oración de Ramsay, en la creación de los Altos Grados y sobre todo en la *Stricta Observancia* de Von Hund^[5] o de sus Superiores Incógnitos. Y acusan a la masonería de haber provocado la Revolución Francesa y a los judíos de haber provocado la Revolución Rusa.

Antes que nada, entendámonos bien sobre cuál es la materia de la que se está tratando. Se trata del idealismo judaico y de la sinceridad o no sinceridad; no se trata de la acción política de los judíos. Esa es evidente y natural; se ha aprovechado, no sólo de la Masonería y de la ideología igualitaria, sino de todo lo que, de origen judío o no judío, pueda de hecho, debidamente utilizado, servir para disolver la civilización tradicional, greco-romana y cristiana, de Europa y del mundo europeizado. Y legítimamente se ha aprovechado, pues a los judíos les cabe los mismos derechos que a los otros pueblos: el derecho de defensa y

el derecho de imperio: el primero en absoluto, el segundo se lo concedemos a los otros. Ni fueron los judíos o la Masonería, o cualquier otra fuerza extraña, lo que provocó o podría provocar la Revolución Francesa, o la Revolución Rusa, o cualquier otra verdadera Revolución. Las revoluciones son provocadas por el Poder tiránico que las transforma, pasado cierto punto, en inevitables. Fue la tiranía del Antiguo Régimen lo que hizo la Revolución Francesa. Fue la tiranía del Zarismo lo que hizo la Revolución Rusa. Las fuerzas extrañas no hicieron más que aprovecharse, conforme pudieron, de la materia social incoordinada en que las

tiranías, después de las revoluciones que provocaron, dejaron los pueblos que regían.

El problema de los orígenes de la Masonería y sobre todo del Grado de Maestro, que es su punto de apoyo, es confuso y oscuro en última instancia: nadie, fuera o dentro de la Orden, se puede enorgullecer de haber encontrado para él una solución, simple o compuesta, que satisfaga sino a quien la dio. Una cosa sin embargo se puede afirmar: la Masonería no es una Orden judaica, y el contenido de los grados fundamentales que vulgarmente llaman simbólicos, no es judaico en espíritu, sino sólo en forma. Si se quiere dar un

nombre de origen a la Masonería, lo máximo que se podrá decir es que ella es, en cuanto a la composición de los grados simbólicos, plausiblemente un producto del protestantismo liberal y en cuanto a la redacción de ellos, ciertamente un producto del siglo dieciocho inglés, en toda su chatura y banalidad. El cuadro judaico de los tres grados y el escenario judaico del drama del Tercero pueden ser considerados naturales en una tierra y en un tiempo protestantes. El protestantismo fue, precisamente, la emergencia, dentro de la religión cristiana, de los elementos judaicos, en perjuicio de los greco-romanos; por eso se sirvió siempre

abundantemente de citas, tipos y figuras extraídas del Viejo Testamento. Pero nadie cree o dice que la Reforma, se piense de ella lo que se piense, fuese un movimiento judaico.

Aparte de esto, los dos primeros grados masónicos, no conducen definitivamente a ningún lugar; y el gran misterio del Grado de Maestro —que es, por así decir, la Rosa de toda la Cruz Masónica— es un símbolo vital pero abstracto, que cada cual puede interpretar en el sentido que quiera. Y así de hecho se ha interpretado —a él y a la parte simbólica de los otros dos— a través del vasto esquema divagativo de los Altos Grados y de los Grados

Velados: estos, no obstante, ya fuera y más allá de la Masonería. Todo, desde el catolicismo al ateísmo, se ha reflejado en esos grados interpretativos. Si hay Altos Grados que son nítida y materialmente cabalísticos, y hasta anticristianos, también los hay que son espirituales o cristianos, desde el sobregrado del [Suprema Orden del] Sacro Real Arco hasta aquel grado crítico en que Hiran es erigido como Cristo. Sucede, inclusive, que el mismo grado del mismo rito puede tener contenidos diferentes bajo diferentes Obediencias: así es que el Grado 18, propiamente Príncipe Rosacruz, del Rito Escocés, es «filosófico» en América

(después de la revisión de Pike), menos «filosófico» que en la Masonería francesa y en sus congéneres, pero plenamente cristiano (como además no podría dejar de serlo) bajo las Magnas Obediencias británicas. En resumen, todo y nada se ha reflejado en la Masonería: nada en los escalones simbólicos que de por sí no se explican; todo en los Altos Grados y en los Grados Velados, donde cada fabricante de ritos, de católico a ateo, dejó el rastro de sus prejuicios y de sus preocupaciones. Más en resumen aún; la Masonería es, en sus bases, insuficientemente dogmática y definida para que de su contenido se pueda

afirmar esto o aquello, judaísmo u otra cosa cualquiera.

La presencia de elementos cabalísticos en los grados simbólicos, afirmada por algunos con vislumbres de razón, tampoco prueba el origen judaico de la Masonería. Cuando la masonería emergió y se constituyó declaradamente, en sus grados fundamentales, ya desde hacía mucho la Cábala tenía intérpretes no judíos y por ellos fue cristianizada, para lo que, además, eminentemente se prestaba. La presencia de elementos cabalísticos en la masonería no prueba, pues, un origen judío. Por lo demás, esos elementos cabalísticos se resumen en dos: el sentido simbólico del Templo

de Salomón, y la Palabra Perdida^[6]. El sentido simbólico del Primer Templo puede ser en la masonería de origen templario, y por lo tanto cristiano, pues la Orden del Templo lo era «Del Templo de Salomón», y no se saben bien los pormenores de la iniciación secreta de esa Orden. En cuanto a la Palabra Perdida del Grado de Maestro, si de hecho se recuerda el Nombre Perdido del cabalismo judaico, no es necesariamente de la misma naturaleza. Se sabe en qué consiste la esencia del Nombre Perdido de los cabalistas; no se sabe (por) qué especie de Palabra es que el Maestro murió para no revelar. La mayor autoridad masónica de hoy

interpreta la Palabra Perdida de un modo nítidamente no judaico: *Verbum Christus est*, dice.

Lo que acaba de decirse de la masonería, con mayor razón se puede decir de los Rosacruces, que, mezclados en la antecámara de su vida emblemática, bien puede ser que la hubiesen fundado, o contribuido para su fundación, como sistema especulativo. La Gran Fraternidad es cristiana en su nombre, cristiana en sus dos Magnos Símbolos, cristiana y católica (aunque no romana) en su dedicaciones. Los Rosa-Cruces eran, es cierto, cabalistas, como eran, en dos sentidos, alquimistas; pero cabalistas cristianos, como eran

(sobre todo) alquimistas espirituales. Como varios otros, se aprovecharon de la Cábala y le dieron un sentido y un complemento cristianos, por eso con más razón se podrían quejar los judíos de que los Hermanos se habían servido de la Cábala para fines antijudaicos, y no los cristianos de que ellos [los judíos] habían introducido la Cábala en la sustancia del cristianismo, donde, además, desde el Cuarto Evangelio, ya toda el alma de ella existía. Se añade, en cuanto a la Rosacruz, que los grandes expositores de ella, desde antes de su aparición hasta nuestros días, han sido declaradamente místicos cristianos, y, además, que el voto de castidad

absoluta, al que (por motivos que nada tienen de virtuosos) la Fraternidad obligaba al candidato, es la cosa menos judaica, a pesar de «cabalística», que se puede concebir.

LA MASONERÍA

Se inauguró la Asamblea Nacional, desde el punto de vista legislativo, con la presentación, por parte de diputado, del proyecto de ley sobre «asociaciones secretas». De tal orden es el proyecto, tanto en su naturaleza como en su contenido, que no hay que felicitar al actual Parlamento por haberle sido dada esa inauguración. Antes hay que decirle *Absit omen!*, o sea, en portugués, *Lange vá o agouro!*^[7]

Presentó el proyecto el Sr. José Cabral que, si no es dominico, debería serlo, de tal modo su trabajo se integra,

en naturaleza, como en contenido, en las mejores tradiciones de los Inquisidores. El proyecto, que todos habrán leído en los periódicos, establece varias y fuertes sanciones (con excepción de la pena de muerte) para todos cuantos pertenezcan a lo que su autor llama «asociaciones secretas, sean cuales fueren sus fines y organización».

Dada la latitud de esta definición, y considerando que por «asociación» se entiende una agrupación más o menos permanente de hombres, ligados por un fin común, y que por «secreto» se entiende lo que, por lo menos parcialmente, no se hace a la vista del público o, si se lo hace, no se vuelve

completamente público, puedo, ahora mismo, denunciar al Sr. José Cabral una asociación secreta: el Consejo de Ministros. Por lo demás, todo lo serio o importante que se hace en reunión en este mundo, se hace secretamente. Si no se reúnen en público los Consejos de ministros, tampoco lo hacen las direcciones de los partidos políticos, las tenebrosas figuras que orientan los clubes deportivos, o los siniestros comunistas que forman los consejos de administración de las compañías comerciales e industriales.

Aunque una interpretación de este orden legítimamente se extraiga del frasear poco nacionalista del Sr. José

Cabral, creo, tanto porque así debe ser, como por los encomios con que el proyecto fue alentado por la prensa, pseudocristiana, que las «asociaciones secretas», a las que él verdaderamente apunta, son aquellas que implican lo que se llama «iniciación», y por lo tanto el secreto especial a ésta inherente.

Ahora en nuestro país, caída desde hace mucho en sopor la Orden Templaria de Portugal, desaparecida la Carbonería —formada para fines transitorios, que ya se realizaron—, no existen, supongo, aparte de otra posible Logia martinista o semejante, más de dos asociaciones secretas «de esa especie». Una es la Masonería; la otra,

esa curiosa organización que en una de sus ramas usa el nombre profano de Compañía de Jesús, exactamente como en la Masonería la Orden de Heredom y Kilwinning usa el nombre profano de Real Orden de Escocia. De los llamados jesuitas no trataré, y por tres motivos de los cuales callaré el primero. Los otros dos son: que no creo por más razones que una, que ellos corran el riesgo de, aprobado que fuere el proyecto, serles aplicadas sus sanciones; y que no creo, sólo por una razón, que el Sr. José Cabral haya pretendido que tal aplicación se hiciese. Presumo pues que el proyecto de ley del urgente diputado se dirija, total o principalmente, contra

la Orden Masónica. Como tal lo examinaré.

No hago, creo, ofensa al Sr. José Cabral en suponer que, como la mayoría de los antimasones, el autor de este proyecto es totalmente desconocedor del asunto Masonería. Lo que sabe de él es hasta, quizá, peor que nada, pues, naturalmente habrá nutrido su antimasonerismo de la lectura de la prensa llamada católica, donde, hasta en las cosas mas elementales en la materia, errores se acumulan sobre errores, y a los errores se junta, con mala voluntad, la mentira y la calumnia, sus señoras hijas. No creo que el Sr. José Cabral frecuente habitualmente los libros de

Findel, Kloss o Gould, o que pase sus horas de ocio en la lectura atenta de *Ars Quatuor Coronatorum* o de las publicaciones de la Gran Logia de Iowa. Dudo, inclusive, de que el Sr. José Cabral tenga gran conocimiento de la literatura antimasónica —Barruel o Robinson o Eckert— tan admirable, por lo demás, desde el punto de vista humorístico. Ni habrá tenido quizá noción, siquiera de oído, del artículo célebre del Padre Hermann Gruber en la *Catholic Encyclopedia*, artículo citado con elogio en libros masónicos, y en que el doctor jesuita por poco no defiende la Masonería.

Ahora si el Sr. José Cabral está en

ese estado de tinieblas con respecto a la naturaleza, fines y organización de la Orden Masónica, supongo que en igual condición están muchos de los otros miembros de la Asamblea Nacional, con la diferencia de que no se propusieron legislar sobre la materia que ignoran. Siendo así, ni el diputado exponente, ni sus compañeros de asamblea, estarán tal vez en estado de medir claramente las consecuencias nacionales, internas y *sobre todo externas*, que advendrían da la aprobación del proyecto. Como conozco el asunto suficientemente para saber de antemano, y con seguridad, cuales serían esas consecuencias, Voy a hacer patrióticamente obsequio de mi

ciencia al Sr. José Cabral y a la Asamblea Legislativa de la cual es ornamento.

Comienzo por una referencia personal, que considero, por necesaria, no deber evitar. No soy masón, ni pertenezco a ninguna otra Orden semejante o diferente. No soy, sin embargo, antimasón, pues lo que sé del asunto me lleva a tener una idea absolutamente favorable de la Orden Masónica. A estas dos circunstancias, que en cierto modo me habilitan a poder ser imparcial en la materia, se agrega la de que, en virtud de ciertos estudios míos, cuya naturaleza se confina con la parte oculta de la Masonería —parte

que nada tiene de político o social—, fui necesariamente llevado a estudiar también este asunto: asunto muy bello, pero muy difícil, sobre todo para quien lo estudia desde afuera. Teniendo yo, sin embargo, cierta preparación, cuya naturaleza no me propongo indicar, pude ir, si bien lentamente, comprendiendo lo que leía y sabiendo meditar lo que comprendía. Puedo hoy decir, sin que abusé de exceso de vanidad, que poca gente habrá, fuera de la Masonería, aquí o en cualquier otra parte, que tanto haya conseguido adentrarse en el alma de aquella vida, y por lo tanto, y subsecuentemente, en sus aspectos por así decir externos.

Si hablo de mí, de este modo, es para que el Sr. José Cabral y los compañeros legisladores sepan perfectamente quién les esta hablando, y qué es lo que van a leer, si quisieren, es escrito por quien sabe lo que está escribiendo. No significa que lo que voy a decir exija profundos conocimientos masónicos: es materia puramente de superficie, de la vida externa de la Orden. Exige sin embargo conocimientos, y no ignorancias, fantasías o mentiras.

Comienzo en serio. Creo no errar al presumir que el Sr. José Cabral supone que la Masonería es una asociación secreta. No lo es. La Masoneria es una

Orden secreta o, con plena propiedad, una *Orden Iniciática*. El Sr. José Cabral no sabe, probablemente, en qué consiste la diferencia. Pues el mal es ese: no sabe. De mí, por lo menos, no recibirá la luz. Le proveo, en todo caso, una especie de media luz, cualquier cosa como la «tiniebla visible» de cierto gran ritual: Le voy a insinuar lo que es esa diferencia por lo que en lenguaje masónico se llama «términos de substitución».

La Orden Masónica es secreta por una razón indirecta y derivada —la misma razón por la cual eran secretos los Misterios antiguos, incluyendo los de los primitivos cristianos, que se

reunían en secreto, para alabar a Dios, en lo que hoy se llamarían Logias o Capítulos, y que para distinguirse de los profanos, tenían fórmulas de reconocimiento: golpes o palabras de pase o lo que quiera que fuere. Por ese motivo los romanos los llamaban ateos, enemigos de la sociedad y enemigos del Imperio: precisamente los mismos términos con los cuales hoy los masones son llamados por los secuaces de la Iglesia romana, hija, tal vez ilegítima, de aquella masonería remota.

Hecho así mi pequeño obsequio de media luz, entro directamente en lo que verdaderamente interesa: las consecuencias que advendrían, para el

país, de la aprobación del proyecto de ley del Sr. José Cabral. Trataré primero las consecuencias internas.

La primera consecuencia sería esta: ninguna. Si el Sr. José Cabral considera que él o la Asamblea Nacional o el Gobierno o quien quiera que fuere, puede extinguir el Gran Oriente Lusitano, permanezca desde ahora desengañado. Las Órdenes Iniciáticas están defendidas, *ab origine symboli*, por condiciones y fuerzas muy especiales que las vuelven indestructibles *desde afuera*. No me propongo explicar lo que sean esas fuerzas y condiciones: basta que indique su existencia.

Por lo demás, tienen los Sres. diputados la prueba práctica en lo que ha sucedido en otros países, donde se ha pretendido suprimir las Obediencias masónicas. Dejando aparte a Rusia — donde ni yo ni los Sres. diputados saben lo que verdaderamente pasa, y donde, además, casi no había Masonería—, podremos considerar los casos de Italia, de España y de Alemania.

Mussolini accionó contra la Masonería, esto es, contra el Gran Oriente de Italia más o menos en los términos paganos del proyecto del Sr. José Cabral. No sé si persiguió mucha gente, ni me importa saber. Lo que sé, a ciencia cierta, es que el Gran Oriente de

Italia es uno de aquellos muertos que continúan con perfecta salud. Se mantiene, se concentra, se ha depurado, y allá está a la espera; si tiene qué esperar es otro asunto. El pico del Duce puede destruir el edificio del comunismo italiano; no tiene fuerza para abatir columnas simbólicas, cimentadas de un metal que procede de la Alquimia.

Primo de Rivera actuó más blandamente, de acuerdo a su índole hidalga, contra la Masonería Española. También sé con seguridad cuál fue el resultado: el gran desarrollo, tanto numérico como político, de la Masonería en España. No sé si algunos fenómenos secundarios, como, por

ejemplo, la caída de la Monarquía, tendrían alguna relación con ese hecho.

Hitler, después de haberse apoyado en las tres Grandes Logias cristianas de Prusia, actuó según su admirable costumbre aria de morder la mano de quien le había dado de comer. Dejó en paz a las otras Grandes Logias —las que no lo habían apoyado ni eran cristianas— y, por intermedio de un tal Goering^[8], intimó a aquellas tres a que se disuelvan. Ellas dijeron que sí —a los Goerings siempre se les dice que sí— y continuaron existiendo. Por coincidencia, fue después de tomarse esa medida que comenzaron a surgir escisiones y otras dificultades dentro del

partido nazi. La historia, como el Sr. José Cabral debe saber, tiene muchas de estas coincidencias.

Como he estado presentando razones y hechos hasta cierto punto desanimadores para el Sr. José Cabral, voy ahora a animarlo con la indicación de un resultado cierto, positivo, que advendría de la aprobación de su proyecto. Resultaría de él —¡que se alegre el dominicano!— un gran número de persecuciones a oficiales del ejército y de la armada (excepto en Cascais^[9]) y a funcionarios públicos. Perderían sus lugares los que no quisieran tener la indignidad de repudiar su Orden. Resultaría, por lo tanto, la miseria para

sus familias, donde es posible —y esto es lo grave— que se encontraran personas devotas de Santa Teresita del Niño Jesús, personaje que ocupa, en la actual mitología portuguesa, un lugar un poco por encima de Dios. Se resolvería, es cierto, en el estilo inesperado del *roulement*^[10] que no rueda, el problema del desempleo: para aquellos actuales desempleados, bien entendido, que tienen por Gran Maestro (adjunto) al Sr. consejero João de Azevedo Coutinho^[11].

Serían esas las consecuencias internas de la aprobación del proyecto: dos ceros; uno para el efecto antimasónico de la ley, otro para la panza de mucha gente. Serían esas las

consecuencias internas. Voy a tratar ahora de las consecuencias externas, esto es, de las consecuencias que advendrían de la aprobación del proyecto para la vida y la credibilidad de Portugal en el extranjero. Ese aspecto de la cuestión, ese resultado, no sólo posible sino casi seguro, creo que no se le ocurrió al Sr. José Cabral. Rindo homenaje —en serio— a su patriotismo, a pesar de que lamente que sea un patriotismo tan analfabeto.

Existen hoy en actividad, en todo el mundo, alrededor de seis millones de masones, de los cuales alrededor de cuatro millones están en Estados Unidos y alrededor de un millón bajo las

diversas Obediencias independientes del Imperio Británico. Así, cinco sextos de los masones hoy en actividad son masones de habla inglesa. El millón restante, aproximadamente, se encuentra repartido por las Grandes Obediencias de los otros países del mundo, de las cuales la mas importante e influyente es tal vez el Gran Oriente de Francia.

Las Obediencias masónicas son potencias autónomas e independientes, pues no hay gobierno central de la Masonería, que es por eso menos internacional que la Iglesia Romana.

Hay Obediencias masónicas que pocas relaciones tienen entre sí; hay inclusive Obediencias que están con

relaciones suspendidas o cortadas. Doy dos ejemplos. La Gran Logia de Inglaterra cortó en 1877, por un motivo técnico, las relaciones, que aún no reanudó, con el Gran Oriente de Francia. La misma Gran Logia cortó, en 1933, las relaciones con la Gran Logia de Filipinas, en virtud de divergencias — cuya naturaleza no sé pero presumo— en cuanto a la manera de desarrollar la Masonería en China.

Así la Masonería necesariamente adquiere aspectos diferentes — políticos, sociales y hasta rituales— de país a país, e inclusive, dentro del mismo país, de Obediencia a Obediencia, si hubiere más de una. Doy

un ejemplo. Hay en Francia tres Obediencias independientes —el Gran Oriente de Francia, la Gran Logia de Francia (prolongada capitularmente por el Supremo Consejo de Grado 33) y la Logia Regular, Nacional e Independiente para Francia y sus Colonias. El Gran Oriente es acentuadamente radical y antirreligioso; la Gran Logia se limita a ser liberal y anticlerical; la Gran Logia Nacional no tiene ninguna política. Doy otro ejemplo. El Gran Oriente de Francia tiene una gran influencia política, pero, excepto a través de esta, poca influencia social. La Gran Logia de Inglaterra no se preocupa por la política, pero su influencia social es enorme.

A pesar de que la Masonería esté materialmente así dividida, puede considerarse como unida espiritualmente. El espíritu de los rituales y sobre todo el de los Grados Simbólicos (en los cuales, sobre todo en el Grado de Maestro, está, para quien sepa ver o sentir, la Masonería entera), es el mismo en todas partes, por muchas que sean las divergencias verbales y rituales entre grados idénticos, trabajados por Obediencias diferentes. En palabras más perspicaces, pero necesariamente menos claras: quien tuviere las llaves herméticas, en alguna forma de ritual encontrara, bajo más o menos velos, las mismas cerraduras.

Resulta de esta comunión de espíritu profundo, de este íntimo y secreto lazo fraternal, que nadie quebró ni puede quebrar, (que) una Obediencia, aunque tenga poca o ninguna relación con otra, no ve con indiferencia el hecho de que esta sea atacada por profanos. Los masones de la Gran Logia de Inglaterra no tienen, como se dijo, relaciones con los del Gran Oriente de Francia. Cuando, sin embargo, recientemente surgió en Francia, a propósito de los casos Stavisky y Prince, una campaña antimasónica, de origen ultra sospechoso, la ola de adeptos, que potencialmente estaba siendo formada en Inglaterra por los conservadores que

atacaban al Gobierno Francés, desapareció inmediatamente. El *Times*, conservador pero acentuadamente masónico, relató las manifestaciones contra el Gobierno Francés con una antipatía que rozó la tergiversación de los hechos. Y hay muchos casos semejantes, como el de cierto escritor masónico inglés, que en sus libros constantemente ataca al Gran Oriente de Francia, y que cambió completamente de actitud al responder a una escritora antimasónica que, después de todo, había dicho mas o menos lo mismo que él había dicho siempre.

Todo esto que sirvió de ejemplo, se trata de cosas de poca monta, simple

campaña de periódico, y por supuesto de actitudes espontáneas e individuales de parte de los masones que las tomaron. Cuando, sin embargo, se trate de hechos masónicamente graves, como ser el intento de un gobierno, de suprimir o perseguir a una Obediencia masónica, la acción de los masones no es tan individual y aislada, ni se resume a una mayor o menor antipatía periodística. Lo prueban diversas complicaciones, de origen aparentemente desconocido, que encontró en países extranjeros el Gobierno de Primo de Rivera, y que encontraron, y aún encuentran, los Gobiernos de Italia y de Alemania.

Esos, sin embargo, son países grandes y fuertes, con recursos, de diverso orden, que en cierto modo pueden contrarrestar a aquellas oposiciones. Viene más a cuento citar el caso de un país que no es grande ni influyente en la política europea en general. Me refiero a Hungría y a lo que pasó con el célebre préstamo norteamericano.

Aquí hace años, poco después de la guerra, el Gobierno Húngaro decreto la supresión de la Masonería en su territorio. Poco después negociaba un préstamo en Estados Unidos. Estaba el préstamo prácticamente hecho cuando vino de Norte América una indicación

final de que este no sería concedido si no se restableciesen «ciertas instituciones legítimas». El Gobierno húngaro se dio cuenta y se vio obligado a entrar en transacciones con el Gran Maestro; le dijo que autorizaba la reapertura de las Logias con la condición (que se parece a la del Sr. José Cabral) de que a ellas pudiesen concurrir profanos. Esta de más decir que el Gran Maestro se negó. El Gobierno mantuvo, por lo tanto, la «suspensión» de las Logias... y el préstamo no se hizo. Ahora bien, esto sucedió con la Masonería Norteamericana, que no hace exactamente política ni mantiene

relaciones muy intensas con las Obediencias europeas, con excepción de las británicas. Se trataba, sin embargo, de una grave injuria a la Masonería, y el resultado fue lo que se ve.

Que no venga el Sr. José Cabral a decirme que no necesitamos préstamos del extranjero. Ni que sólo de préstamos vive el país. Necesita, por ejemplo, de colonias, sobre todo de las que aún tiene. Y necesita muchas otras cosas, incluyendo el no incurrir en la hostilidad activa de los cinco y pico de millones de masones que, por ser apolíticos, aún no nos han hostilizado.

Creo que dije lo suficiente para que el Sr. José Cabral y los otros Sres.

diputados comprendan perfectamente cuál puede y debe ser el alcance de la aprobación de este proyecto en la vida y en la credibilidad de Portugal. Antes de terminar, sin embargo, quiero darle una pequeña muestra del tipo de gente en cuya antipatía activa incurriamos. Tomaré por ejemplo a la Gran Logia Unida de Inglaterra, no sólo por la importancia que para nosotros tienen nuestras relaciones con aquel país, sino también porque cualquier acción de esa Gran Logia —la Logia Madre del Universo, con alrededor de 450.000 masones en actividad— arrastra consigo a todos los masones de habla inglesa de todas las Obediencias de los países

protestantes. Del resto de la Masonería no es preciso hablar.

Son masones, bajo la obediencia de la Gran Logia de Inglaterra, tres hijos del Rey: el Príncipe de Gales, Gran Maestro Provincial de Surrey; el Duque de York, Gran Maestro Provincial de Middlesex; y el Duque de Kent, antiguo Primer Gran Vigilante. Es masón el yerno del Rey, Conde de Harwood, Gran Maestro Provincial de West Yorkshire. Son masones, en su mayoría, los hidalgos ingleses, sobre todo los de antiguo linaje. Son masones, en gran número, los prelados y sacerdotes de la Iglesia de Inglaterra, el clero más profundamente culto de todo el mundo,

la Iglesia protestante que mas cerca esta, en dogma y ritual, de la Iglesia de Roma. No prosigo, porque ya es suficiente... Recuerdo inclusive que los tres grandes periódicos conservadores ingleses —el *Times*, el *Sunday Times* y el *Daily Telegraph*— son al mismo tiempo masónicos...

Terminé. Conviene, sin embargo, no terminar aún. Probé en este artículo que el proyecto de ley del Sr. José Cabral, además del producto de la más completa ignorancia del asunto, sería, si fuera aprobado: primero, inútil e improductivo; segundo, injusto y cruel; un maleficio para el país en su vida

internacional. No consideré, porque no tenía que considerar, si la Masonería merece el mal concepto en que evidentemente la tiene el Sr. José Cabral y otros que nada saben en la materia. Ese punto estaba fuera de la línea de mi argumento. Como, sin embargo, la mayoría de la gente no sabe razonar, puede alguien suponer que eludí ese punto. Voy por eso a tratarlo aunque protestando contra mí mismo. Quien sufre con eso es el lector.

La Masonería se compone de tres elementos: el elemento iniciático, por el cual es secreta; el elemento fraternal; y el elemento al que llamaré humano: esto es lo que resulta por ser compuesta por

diversas especies de hombres, de diferentes grados de inteligencia y cultura, y lo que resulta de existir en muchos países, sujeta por lo tanto a diversas circunstancias de medio y de momento histórico, ante las cuales, de país en país y de época en época, reacciona, en cuanto a la actitud social, de forma diferente.

En los primeros dos elementos, donde reside esencialmente el espíritu masónico, la Orden es la misma siempre en todo el mundo. En el tercero, la Masonería —como cualquier otra institución humana, secreta o no— presenta diferentes aspectos, de acuerdo a la mentalidad de masones

individuales, y de acuerdo a las circunstancias de medio y momento histórico, de las que ella no tiene culpa.

En este tercer punto de vista, toda la Masonería gira, sin embargo, alrededor de una sola idea: la tolerancia; esto es, el no imponer a alguien ningún dogma, dejándolo pensar como mejor entienda. Por eso la Masonería no tiene una doctrina. Todo lo que se llama «doctrina masónica» son opiniones individuales de masones, ya sea sobre la Orden en sí misma, sea sobre sus relaciones con el mundo profano. Son divertidísimas: van desde el panteísmo naturalista de Oswald Wirth^[12] hasta el misticismo cristiano de Arthur Edward Waite^[13],

ambos intentando convertir en doctrina el espíritu de la Orden. Sus afirmaciones, sin embargo, son simplemente suyas; la Masonería nada tiene que ver con ellas. Ahora, el primer error de los antimasones consiste en intentar definir el espíritu masónico en general por las afirmaciones de masones particulares escogidos ordinariamente con gran mala fe.

El segundo error de los antimasones consiste en no querer ver que la Masonería, unida espiritualmente, está materialmente dividida, como ya expliqué. Su acción social varía de país en país, de momento histórico en momento histórico, en función de las

circunstancias del medio y de la época, que afectan a la Masonería como afectan a toda la gente. Su acción social varía, dentro del mismo país, de Obediencia en Obediencia, donde hubiere más de una, en virtud de divergencias doctrinarias: las que provocaron la formación de esas Obediencias distintas, pues, de haber entre ellas acuerdo en todo, estarían unidas. Por consiguiente ningún político ocasional de ninguna Obediencia puede ser tenido en cuenta por la Masonería en general, o hasta por esa Obediencia en particular, pues puede provenir, como en general proviene, de circunstancias políticas del momento, que la Masonería no creó.

Resulta de todo esto que todas las campañas antimasónicas —basadas en esta doble confusión de lo particular con lo general y de lo ocasional con lo permanente— están absolutamente equivocadas, y que nada hasta hoy se probó en descrédito de la Masonería. ¿Según este criterio —el de evaluar a una institución por sus actos ocasionales tal vez infelices, o a un hombre por sus lapsus o sus errores ocasionales— qué habría en este mundo sino abominación? ¿Quiere el Sr. José Cabral que los papas sean evaluados por Rodrigo Borgia, asesino e incestuoso? ¿Quiere que se considere a la Iglesia de Roma perfectamente definida en su íntimo

espíritu por las torturas de los Inquisidores (provenientes de un uso profano del tiempo) o por las masacres albigenses y de los piamonteses? Y con todo, con mucha mas razón se lo podría hacer, pues esas crueldades fueron hechas por orden o con consentimiento de los papas, obligando así, espiritualmente a la Iglesia entera.

Seamos, por lo menos justos. Si le cobramos a la Masonería en general todos aquellos casos particulares, otorguémosle el crédito, en contrapartida, sobre los beneficios que de ella hemos recibido en iguales condiciones. Bésenle los jesuitas las manos, por haberles sido dado

acogimiento y libertad en Prusia, en el siglo dieciocho —cuando expulsados de todas partes, los repudiaba el propio Papa— por el masón Federico II. Agradecemosle la victoria de Waterloo, puesto que Wellington y Blucher eran ambos masones. Seámosle gratos por haber sido ella quien creó la base donde asentó la futura victoria de los Aliados: la *Entente Cordiale*, obra del masón Eduardo VII. Ni olvidemos, finalmente, que debemos a la Masonería la mayor obra de la literatura moderna —el *Fausto*, del masón Goethe.

Terminé de una vez. Deje el Sr. José Cabral la Masonería a los masones y a los que, a pesar de que no lo sean,

vieron, aunque en otro Templo, la misma luz. Deje la antimasonería a aquellos antimasones que son los legítimos descendientes intelectuales del célebre predicador que descubrió que Herodes y Pilatos eran Vigilantes de una Logia de Jerusalén.

Deje todo eso, y el próximo día 13, si quisiere, vamos juntos a Fátima. Encaja bien porque será 13 de febrero: el aniversario de aquella ley de João Franco que establecía la pena de muerte para los crímenes políticos.

PAGANISMO SUPERIOR

Teoría del Paganismo

Cristo es la representación simbólica, humanizada, del proceso que el paganismo no cuenta, o no sabe contar, por lo cual la Realidad pasó del Caos y de la Noche (Destino) hacia los Dioses. Entre lo Informe, que el doble misterio de la Noche y del Caos representa, y el Formado, que comienza con el primer dios, hay un abismo casual, sobre cuya naturaleza, a propósito, el sistema se Calla. En los

misterios, tal vez, no se callaba; y allí se enseñaban aquellas doctrinas que, porque derivan de una verdad anterior a los dioses, no pueden ser dichas en la forma exterior que, por naturaleza, se concilia con el mundo exterior que los dioses gobiernan.

Entre los dioses y Cristo hay una diferencia. Los dioses son reales, y carnales con su carne; existen como nosotros, pero superiormente; obran como nosotros, pero completamente; nacen como nosotros, pero sin ocaso (sin crepúsculo) ni imperfección. Cristo, en cambio, no existe *sino simbólicamente*: es sustancialmente simbólico. Los dioses no son mitos en sí

mismos, lo son, como mucho en nuestra indecisión. Cristo, por el contrario, es un mito *en su propia realidad*; es real en la medida en que es mito. Es sólo símbolo, pero sólo símbolo de sí mismo. Es puro sueño, pero pura nada proyectada.

Así, el proceso mental, por el cual comprendemos a Cristo, no existe en la humanidad. Los propios dioses, nuestros semejantes mayores, no lo entienden. Los dioses son de nuestra carne y de nuestra alma pero perfectos; podemos amarlos o comprenderlos a pesar de que no los podamos seguir ni imitar. Cristo, el Logos, no puede ser comprendido; pertenece a otra realidad, cuyo propio

modo de ser real es diferente al mas abstracto concepto que hagamos de la palabra *realidad*.

Cristo es el intermediario Absoluto, lo que es absurdo; el Verbo que no es pronunciado, el que es imposible.

La razón sólo sube hasta los dioses porque los dioses son racionales; no sube hasta el Logos, porque allí no hay razón.

Lo que sobrevuela por encima del Logos es Ley, Destino, visto desde el nivel de los hombres y de los dioses, cuya raza, como Píndaro dijo, es sólo una; es otra cosa, vista desde el nivel de Cristo, pero qué cosa, no podemos ni aprehender, ni comprender que se

aprehenda o no se aprehenda, pero asimismo, «cosa» le podemos, aunque con falso recurso, llamar.

El Cristianismo, como el Budismo, son crímenes contra la humanidad, porque son crímenes contra las leyes divinas. Son la intención, la más sacrílega, de revelar lo irrevelable; de traer hacia lo público lo que, por su naturaleza, por mas empujado que sea hacia lo publico ya no es lo que es.

Es como si hubiese una joya o una flor, cuyo color maravilloso sólo pudiese existir en la noche, desapareciendo inmediatamente que se estableciese la luz, con la cual se vería.

La vulgarización del misterio no se

puede hacer, porque, así como el secreto, dicho, deja de ser secreto, pierde su virtud mística de secreto; así, los misterios revelados, no son revelados. Bien lo dijo Tertuliano: revelarlos es destruirlos.

Cuando se lee en los libros, tal cual son, de los rosacruces que el *sentimiento* es más verdadero que la razón, suponen la generalidad de los lectores que se trata del sentimiento, como humanamente lo sentimos. Pero no es ese el sentimiento del cual los Encubiertos hablan. Es el de otra forma de *conciencia, que no existe, ni en esbozo*, en el alma humana; del que nada en nosotros puede dar idea, o fingir que

es sombra.

El ministerio de Cristo no puede ser revelado, porque no hay en el alma humana cualidades para comprender esa revelación.

La «intuición», de la que hablan los místicos, es un término usado apenas para indicar un proceso de comprensión *que no es la inteligencia*. Pero no tenemos ninguna cualidad a la que se llame *intuición*. La palabra es negativa, a pesar de que parezca positiva. Así como venir de *intus*, «dentro», y significar «comprensión venida de adentro», puede ser *in-tuitio*, el no ver, el no proteger. ¡Tan sutil sentido, doble, tienen a veces las palabras!

Cada uno de nosotros tiene, a solas consigo en su silencio, que ser un ser, una personalidad inexplicable, que ninguna palabra puede dar, ningún gesto interpreta, que la más expresiva de las miradas no interpreta, ni incluye el mayor [...] de los gestos. Por esa personalidad extrasocial, extrahumana inclusive, cada cual es un eterno aislado, crucificado eternamente en su propio no-ser-los-otros. La propia esencia íntima del sentir es no poder explicar, salvo en sí y sólo por sí, adentro del individuo para sí mismo. Sólo cuando llega a la *inteligencia* es que el sentimiento se explica. Todo el gesto presupone aunque sumaria, oscura

y subconscientemente, la representación mental del gesto: y la «representación mental» es una idea, esto es, un fenómeno de aquella parte de nosotros, a la que llamamos la Inteligencia.

Sentir es existir a solas irreparablemente. Pensar es existir con los dioses y con la sustancia visible y harmónica del mundo. Obrar es existir con los hombres y con la naturaleza creada.

Obrar tiene como manifestación el gesto: sea el gesto en sí mismo o la palabra o el «acto». (...)

En la contaminación de la decadencia romana, está toda la mentira y el desorden, el mayor crimen de todos,

que contra la humanidad se haya perpetrado, fue el de en ella haber entrado los añadidos de los misterios a los que hoy se llama Cristianismo. Hecho público, Cristo era o considerado como real o como símbolo; pero el verdadero Cristo no es real ni símbolo, en su oculta e imposible significación.

Politeísmo y monoteísmo son ambos verdaderos, depende del punto de realidad desde donde se mire para ellos. Si se mira desde el punto de vista divino y humano, el politeísmo es verdadero. Si se lo mira desde la altura del abismo, donde se había forjado Cristo, el monoteísmo es cierto. Porque la misma

realidad que es *absolutamente verdadera* como politeísmo de un lado, es *absolutamente verdadera* como monoteísmo, del otro lado.

Todo este misterio fundamental se encuentra figurado en el pentáculo^[14] dicho (llamado) de Salomón:

De donde, hombres, existencias, es como si Cristo no existiese, un hombre nada, para más allá de los Dioses, no el Destino abstracto y omnipresente, y un vacío inexplicable entre ellos y el Destino.

La Biblia [...] una obra escrita en clave trascendental.

Los mil absurdos humanos del Cristianismo son su razón de ser para

consigo, y el justo resultado de querer traer a los hombres una cosa que ellos no tienen *manera de alma* para comprender.

Todas las tesis del Cristianismo son humanamente incomprensibles. (Para la humanidad sólo el paganismo *puede* ser real, *es* real.) El libre albedrío, la gracia, el amor: son expresiones cuyo sentido, si es que su «sentido» se puede llamar un sentido, no tiene nada que ver con nuestra estructura mental. De ahí las antinomias fundamentales de la [...] Cristiana de la razón humana. El libre albedrío es impensable, pero no es lo que se entiende por un absurdo; él, a pesar de todo, no es absurdo, pertenece

a un tipo de realidad en la que el absurdo no aparece como concepto, y, así, la razón no tiene existencia real; como, en nuestro mundo racional, esos conceptos del Otro Mundo, son nocturnos y de la *mano izquierda*.

En el ocultismo de los indios el Maestro, al que los discípulos buscan, *es la propia sustancia monádica* del discípulo. «Yo mismo soy el cantante», se dice en el poema sagrado. Sólo hay que buscar *lo que ya se encontró*.

Los conceptos expuestos en el ocultismo pertenecen a un sistema de Realidad diferente de la nuestra. Lo que esta bien ahí (por así decir) está mal para nosotros; nuestra ilusión, nuestra

mentira esencial, nuestro sueño es que esté ahí la verdad. Son dos «mundos» opuestos: el izquierdo y el derecho. Uno es el invisible del otro, según desde dónde se mire. (...)

Hagamos silencio sobre lo impenetrable y lo irracional. Descendamos mostrando el velo que no erguimos nunca.

TRATADO DE LA NEGACIÓN

1. El mundo esta formado de dos órdenes de fuerzas: las fuerzas que afirman y las fuerzas que niegan.

2. Las fuerzas que afirman son las fuerzas creadoras del mundo, emanadas sucesivamente de lo Único, del Centro de la Afirmación.

3. Las fuerzas que niegan emanan de más allá de lo Único.

4. Lo Único, de quien Dios, el Dios Creador de las Cosas, es apenas una manifestación, es una Ilusión. Toda la creación es ficción e ilusión. Así como la Materia es una ilusión, probadamente,

para el Pensamiento, el Pensamiento una ilusión para la Intuición; la Intuición una ilusión para la Idea Pura; la Idea Pura es una Ilusión para el Ser. Y el Ser es esencialmente Ilusión y Falsedad. Dios es la Mentira Suprema.

5. Las fuerzas que niegan son aquellas que parten de más allá de lo Único. Fuera de lo Único, para nuestra Inteligencia, no hay nada. Pero como es posible pensar que ese único no existe, como es *posible* negarlo, él no es lo Único, lo Supremo, lo realmente Supremo (aquí las palabras faltan). Poder negarlo es negarlo; negarlo es él no-ser.

6. La negación suprema de aquello a

lo que nosotros llamamos el No-Ser. El No-Ser no es pensable, porque pensar el no-ser es no pensar. Y aún así, visto que empleamos el término no-ser, él es pensable, de cierto modo. Desde que es pensado, se transforma en el Ser. Así el Ser sale, por oposición del No-Ser. El No-Ser es el que lo *precede*, para hablar el lenguaje humano.

7. La Materia, que es la mayor de las negaciones del Ser, es el estado que, por eso, mas próximo esta de No-Ser. La Materia es la menor de las ilusiones, la más débil de las mentiras. De ahí su carácter de Evidente. En la medida en que el Ser se Va manifestando, se va negando; en la medida en que se va

negando, va creando el No-Ser. Como el No-Ser es anterior al Ser, esa negación que el Ser hace de sí mismo es una *creación*, si es posible decirlo así.

8. Debemos ser creadores de Negación, negadores de la espiritualidad, constructores de Materia. La Materia es la Apariencia; la Apariencia es al mismo tiempo el Ser y el No-Ser. (Si la Apariencia no es el Ser, es el No-Ser. Si es el No-Ser, no es la Apariencia. Para ser la Apariencia, ella tiene, por lo tanto, que ser el Ser.)

9. La negación consiste en auxiliar a lo Manifestado a manifestarse mas, hasta que él se disuelva en No-Ser.

10. Hay dos principios en lucha: el

principio de Afirmación, de Espiritualidad, de Misticismo, que es lo Cristiano (para nosotros, actualmente), y hay el de Negación, de Materialidad, de Claridad, que es lo Pagano. *Lucifer*: el portador de la Luz, es el símbolo nominal del Espíritu que Niega. La revuelta de los ángeles creo la Materia, regresó al No-Ser, liberación de la Afirmación.

11. Existen realmente todos los mundos que los teósofos afirman. Pero ellos están dentro de la Ilusión, de que, mientras existe, es Realidad. Dios existe en efecto para sí mismo; pero Dios *está equivocado*. Como cualquiera de nosotros juzga existir, y para Dios no

existe, sino como parte de él, y esto es no-existir, en absoluto; así, Dios juzga existir y no existe. El propio ser es el No-Ser del No-Ser únicamente, la afirmación mortal de la Vida.

OCCULTISM OR A STATIC DRAME

Los acontecimientos son Hombres. Las circunstancias son gente. Una batalla, una cena, una mirada, un beso: cada una de estas cosas, porque es una cosa, es un ente, una persona de cierta manera de carne y hueso.

Nosotros mismos, los hombres, no pasamos de acontecimientos, lentos en relación con otros, compuestos de células, y cada célula es un *acontecimiento* entre los elementos que la componen... y, así, hasta el infinito interior.

Todo es separado y todo es uno. Todos los acontecimientos se funden en el gran acontecimiento llamado Universo.

Nada *existe*, todo acontece. Es a Dios que acontece todo.

El error interior a todas las hipótesis de como es que lo manifestado desciende hasta manifestarse, o bien manifestándose, no encuentra manera de manifestarse sino descendiendo: ese error es el de meter elementos morales en un problema completamente metafísico.

Lo manifestado no se manifiesta a si mismo, porque de lo contrario no se manifestaría, bien que viéndose a sí

mismo tal cual es, no se vería manifestado, pero si objetivamente, en su realidad absoluta.

Si se manifiesta a *otro* u *otros*, es que lo manifestado no es todo; hay una dualidad fundamental en el universo. Y lo otro debe ser de cualquier modo análogo a lo manifestado, para que él se pueda manifestar.

Admitamos que, al manifestarse, lo manifestado *no se rebaja o descende*. Como, normalmente en el pensamiento, la idea de manifestarse envuelve la de descender, es forzoso concluir, en el caso expuesto, una de las dos cosas: (1) La manifestación no incluye rebajamiento, ni siquiera metafísico (y

el rebajamiento metafísico, por eso, es un *criterio normal* aplicado a un caso puramente metafísico); (2) No hay manifestación, propiamente hablando: la manifestación es *igual* a lo manifestado. Lo aparente *es* lo real.

[METAFÍSICA Y VERDAD]

Toda la metafísica es la búsqueda de la verdad, entendiendo por Verdad, la verdad absoluta. Pero la Verdad, sea ella lo que fuere, y admitiendo que sea cualquier cosa, si existe, existe dentro de mis sensaciones, o fuera de ellas o tanto dentro como fuera de ellas. Si existe fuera de mis sensaciones, es una cosa de la cual yo nunca puedo estar seguro, no existe para mí por lo tanto, es, para mí, no sólo lo contrario de la certeza, porque sólo de mis sensaciones estoy seguro, sino lo contrario de *ser* porque la única cosa que existe para mi

son mis sensaciones. De modo que, al existir fuera de mis sensaciones, la Verdad es para mí igual a la Incerteza y al no-ser: no existe y no es verdad, por lo tanto. Pero concedamos el absurdo que de mis sensaciones puedan ser el error, y el no-ser (lo que es absurdo, visto que ellas, con seguridad, existen), en ese caso la verdad es el ser y existe fuera de mis sensaciones *totalmente*. Pero la idea *Verdad* es una idea mía; existe, por eso dentro de mis sensaciones: por lo tanto, o quiero Verdad Absoluta y fuera de mí, o verdad existente dentro de mí: contradicción, por lo tanto, error, consecuentemente.

La otra hipótesis es que la verdad

existe dentro de mis sensaciones. En ese caso o es la suma de todas ellas, o es una de ellas, o parte de ellas. Si es una de ellas, ¿en qué se distingue de las otras? Si es una sensación, no se distingue *esencialmente* de las otras; y para que se distinguiese, sería preciso que se distinguiese, esencialmente. Y si no es una sensación, no es una sensación. Si es parte de mis sensaciones, ¿qué parte? Las sensaciones tienen dos faces: la de ser *sentidas* y la de ser dadas como cosas sentidas, la parte por la cual son mías y la parte por la cual son de «cosas». Es una de estas partes, que la Verdad, al ser parte de mis sensaciones, tiene que ser.

(Si es de cualquier modo un grupo de sensaciones unificándose al constituir una sola sensación, cae bajo la garra del razonamiento que conduce a la hipótesis anterior.) Si es una de las dos faces, ¿cuál? ¿La faz «subjetiva»? Ahora, esa faz subjetiva se me aparece bajo una de las dos formas: o la de mi «individualidad» única o la de una múltiple individualidad «mia». En el primer caso es *una* sensación mía como cualquier otra y ya queda refutada en el argumento anterior. En el segundo caso, esa verdad es múltiple y diversa, es *verdades*: lo que es contradictorio con la idea de Verdad, valga lo que ella valiere. ¿Es entonces la faz objetiva? El

mismo argumento se aplica, porque o es una unificación de esas sensaciones *en una* idea de un mundo exterior —y esa idea o no es nada o es una sensación mía, y si es una sensación, ya queda refutada esa hipótesis— o es de un múltiple mundo exterior y eso se reduce a mis sensaciones, entonces pluralidad de modos es la esencia de la idea de Verdad.

Resta analizar si la *Verdad* es la mezcla de mis sensaciones. Esas sensaciones o son tomadas como uno o como muchos. En el primer caso volvemos a la ya rechazada hipótesis. En el Segundo caso la *Verdad* como idea desaparece, porque se consustancia con

la totalidad de mis sensaciones, inclusive concebidas como mis sensaciones, desnudamente, la verdad queda dispersa, desaparece. Porque, o se basa en la idea de totalidad, que es una idea (o sensación) nuestra, o no se apoya en ninguna parte. Pero nada prueba, siquiera, la identidad de verdad y totalidad. Por lo tanto, la Verdad no existe.

Pero nosotros tenemos la idea...

Tenemos, pero vemos que no corresponde a ninguna «Realidad», suponiendo que Realidad significa cualquier cosa. La Verdad es, por lo tanto, una idea o sensación nuestra, no sabemos de qué, sin significado, por lo

tanto sin valor, como cualquier otra sensación nuestra.

Nos quedamos por lo tanto con nuestras sensaciones como única «realidad», inútil que realmente tiene aquí cierto valor, pero es una conveniencia para frasear. De «real» tenemos sólo nuestras sensaciones, pero «real» (que es una sensación nuestra) no significa nada, ni siquiera «significa» significar cualquier cosa, ni sensación tiene un sentido, ni «tiene un sentido» es cosa que tenga algún sentido. Todo es el mismo misterio. Reparo, sin embargo en que no *todo* puede significar alguna cosa, un «misterio» es palabra que no tiene significado.

DECLARACIÓN DE DIFERENCIA

Las cosas del Estado y de la ciudad no tienen ingerencia sobre nosotros. Nada nos importa que los ministros y los áulicos hagan falsa gerencia de las cosas de la nación. Todo eso pasa allá afuera como el barro en los días de lluvia. Nada tenemos que ver con eso, que tenga al mismo tiempo que ver con nosotros.

Semejantemente no nos interesan las grandes convulsiones, como las guerras y las crisis de los países. Mientras no entren en nuestras casas, nada nos importa que puertas golpeen. Esto, que

parece que se apoya en un gran desprecio por los otros, en realidad tiene su origen en nuestro aprecio escéptico por nosotros mismos.

No somos bondadosos ni caritativos; no porque seamos lo contrario, sino porque no somos ni una cosa, ni la otra. La bondad es la delicadeza de las almas groseras. Tiene para nosotros el interés de un episodio pasado en otras almas, y con otras formas de pensar. Observamos, y ni aprobamos, ni dejamos de aprobar. Nuestro menester es no ser nada.

Seríamos anarquistas si hubiésemos nacido en las clases que a sí mismas se llaman desprotegidas, o en otras

cualesquiera de donde se pueda descender o subir. Pero, en verdad nosotros somos, en general, criaturas nacidas en los intersticios de las clases y las divisiones sociales; casi siempre en aquel espacio decadente entre la aristocracia y la (alta) burguesía, o lugar social de los genios y de los locos con quienes se puede simpatizar.

La acción nos desorienta, en parte por incompetencia física, aun mas por inapetencia moral. Nos parece inmoral actuar. Todo el pensamiento nos parece degradado por la expresión en palabras, que lo vuelven cosa de los otros, que lo hacen comprensible a los que lo comprenden.

Nuestra simpatía es grande por el ocultismo y por las artes de lo escondido. No somos, sin embargo, ocultistas. Nos falta para eso la voluntad innata y, además, la paciencia para educar de modo de transformarse en perfecto instrumento de los magos y de los magnetizadores. Pero simpatizamos con el ocultismo, sobre todo porque él suele expresarse de tal modo que muchos que leen e, inclusive, muchos que juzgan comprender, nada comprenden. Es soberbiamente superior esa actitud misteriosa. Es, además de eso, fuente copiosa de sensaciones de misterio y de terror: las larvas de lo

astral, los extraños entes de cuerpos diversos que la magia ceremonial evoca en sus templos, las presencias desencarnadas de la materia de este plano, que acechan alrededor de nuestros sentidos cerrados, en el silencio físico del sonido interior; todo eso nos acaricia con una mano viscosa, terrible, en el desamparo y en la oscuridad.

Pero no simpatizamos con los ocultistas en la parte en que ellos son apóstoles y amantes de la humanidad; eso los despoja de su misterio. La única razón para que un ocultista funcione en ese plano es bajo la condición de hacerlo por estética superior, y no con el

sinistro fin de hacer el bien a cualquier persona.

Casi sin saberlo nos muerde una simpatía ancestral por la magia negra, por las formas prohibidas de la ciencia trascendente, por los Señores del Poder que se Vendieron a la Condenación y a la Reencarnación degradada. Nuestros ojos, débiles e inciertos, se pierden, con un celo femenino, en la teoría de los grados invertidos, en los ritos inversos, en la curva siniestra de la jerarquía descendente.

Satán, sin que lo queramos, posee para nosotros una sugestión como la del macho hacia la hembra. La serpiente de la Inteligencia Material se nos enroscó

en el corazón, como en el Caduceo simbólico del Dios que comunica: Mercurio, Señor de la Comprensión^[15].

Aquellos de nosotros que no son pederastas desearían tener el coraje de serlo. Toda inapetencia hacia la acción inevitablemente feminiza. Faltamos a nuestra verdadera profesión de amas de casa y de matronas sin que podamos hacer nada por un desvío de sexo en la encarnación presente. A pesar de que no creamos absolutamente en esto, la sangre de la ironía se nos impone como si lo creyésemos.

Todo esto no es por maldad, sino sólo por debilidad. Adoramos, a solas, el mal, no por ser él el mal, sino porque él es mas intenso y fuerte que el Bien, y todo lo que es intenso y fuerte atrae los nervios que deberían ser de mujer. *Pecca fortiter* no va con nosotros, que no tenemos fuerza, ni siquiera la de la inteligencia, que es la que tenemos. Piensa en pecar fuertemente: es lo máximo que para nosotros puede valer esa indicación aguda. Pero ni siquiera eso a veces nos es posible: la propia vida interior tiene una realidad que a veces nos duele por ser una realidad cualquiera. Que haya leyes para la

asociación de ideas, como para todas las operaciones del espíritu, insulta nuestra indisciplina nativa.

DIARIO AL ACASO

Todos los días la Materia me maltrata. Mi sensibilidad es una llama al viento.

Paso por una calle y estoy viendo en el rostro de los transeúntes, no la expresión que ellos realmente tienen, sino la expresión que tendrían para conmigo si supiesen de mi vida y de cómo soy yo, si yo trajese transparente en mis gestos y en mi rostro la ridícula y tímida anormalidad de mi alma. En ojos que no me miran, sospecho burlas que creo naturales, dirigidas contra la excepción malsonante que soy entre un

mundo de gente que actúa y goza; y en el fondo supuesto de fisonomías que pasan carcajea de la tímida gesticulación de mi vida una conciencia de ella que sobrepongo e interpongo. En balde, después de pensar esto, intento convencerme de que de mí y sólo de mí, parte y brota la idea de la burla y del oprobio leve. No puedo ya traer hacia mí la imagen del gusano ridículo, una vez objetivado en los otros. Me siento, de repente, asfixiar y vacilar en una estufa de mofas y enemistades. Todos me apuntan con el dedo desde el fondo de sus almas. Me lapidan de alegres y desdeñosas burlas todos los que pasan por mí. Camino entre fantasmas

enemigos que mi imaginación enferma imaginó y situó en personas reales. Todo me abofetea y me escarnece. Y a veces, en pleno medio de la calle — inobservado, al final— paro, vacilo, procuro una súbita nueva dimensión, una puerta para el interior del espacio, para el otro lado del espacio, donde sin demora huya de mi conciencia de los otros, de mi intuición demasiado objetivada de la realidad de las vivas almas ajenas.

¿Acaso mi hábito de colocarme en el alma de los otros, me lleva a verme como los otros me ven, o me verían si en mí reparasen? Si. Y una vez que yo percibo cómo ellos me sentirían si me

conociesen, es como si ellos lo sintiesen de verdad, lo estuviesen sintiendo, y sintiéndolo, expresándolo en aquel momento. Convivir con los otros es una tortura para mí. Y yo tengo a los otros en mí. Aún lejos de ellos soy forzado a su convivencia. Solo, multitudes me cercan. No tengo hacia dónde huir a no ser que huya de mí.

¡Oh grandes montes al crepúsculo, calles casi estrechas a la luz de la luna llena, tened Vuestra inconciencia de [...], Vuestra espiritualidad de Materia solamente, sin interior, sin sensibilidad, sin dónde poner sentimientos, ni pensamientos, ni desasosiegos de espíritu! ¡Árboles tan sólo árboles, con

un verdor tan agradable a los ojos, tan exterior a mis cuidados y a mis penas, tan consolador para mis angustias porque no tenéis ojos con los cuales mirarlas fijamente ni alma que, observable por esos ojos, pueda no comprenderlas y burlarlas! Piedras del Camino, troncos mutilados, mera tierra anónima del piso de todas partes, mi hermana porque vuestra insensibilidad hacia mi alma es un cariño y un reposo... Junto al sol o bajo la luna de la Tierra mi madre, tan enternecidamente mi madre, porque no puedes criticarme siquiera, como mi propia madre humana puede, porque no tienes alma con la cual sin pensar en eso me analices, ni rápidas

miradas que traigan pensamientos de mí
que ni a ti misma confíes. Mar
enorme, mi ruidoso compañero de
infancia, que me reposas y me meces,
porque tu voz no es humana y no puede
un día citar en voz baja para los oídos
humanos mis debilidades, y mis
imperfecciones. Cielo vasto, cielo azul,
cielo próximo al misterio de los ángeles
[...] tú no me miras con ojos verdes, tú
si pones al sol en tu pecho no lo haces
para atraerme, ni si te [...] de estrellas
lo premeditas para desdeñarme... Paz
universal de la Naturaleza, materna por
su ignorancia de mí; sosiego alejado de
los átomos y de los sistemas, tan
hermano en tu nada poder saber acerca

de mí... Yo quería orar a vuestra inmensidad y a vuestra calma, como muestra de gratitud por poder vosotros amar sin sospechas ni dudas; quería dar oídos a vuestro no poder-oír, y vosotros siempre oyéndonos, dar ojos a vuestra sublime ceguera, pero vosotros la veis, y ser objeto de vuestras atenciones por esos supuestos ojos y oídos, consolado de ser presente a vuestra Nada atenta como de una muerte definitiva, para lejos, sin esperanza de otra vida, para más allá de un Dios y de la posibilidad de que llegues a ser, voluptuosamente nulo y del color espiritual de todas las materias...

EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Para quien hace del sueño la vida, y de la cultura en tanto horno de sus sensaciones una religión y una política, para ese, el primer paso, lo que acusa en el alma que él dio el primer paso, es el sentir las cosas mínimas extraordinaria y desmedidamente. Ese es el primer paso, y el paso simplemente primero no es más que esto. Saber poner en el saborear de una taza de té la voluptuosidad extrema que el hombre normal sólo puede encontrar en las grandes alegrías que vienen de la ambición súbitamente satisfecha o de la

nostalgia de repente desaparecidas, o si no en los actos finales y carnales del amor; poder encontrar en la visión de una puesta de sol o en la contemplación de un detalle decorativo aquella exasperación de sentirlos que generalmente sólo puede dar, no lo que se ve o lo que se oye, sino lo que se huele o se gusta —esa proximidad del objeto de la sensación que sólo las sensaciones carnales —el tacto, el gusto, el olfato— esculpen en sentido opuesto a la conciencia; poder transformar la visión interior, el oído del sueño —todos los sentidos supuestos y del supuesto— receptores y tangibles como sentidos vueltos para lo

externo: escojo estas, y las análogas supónganse, de entre las sensaciones que el cultor de sentirse logra, educado ya, sentir espasmos, para que den una noción concreta y aproximada de lo que quiero decir.

Pero el llegar a este grado de sensación acarrea al amante de sensaciones el correspondiente peso o gravamen físico del cual correspondientemente siente, con idéntico exaspero consciente, lo que de doloroso endilga del exterior, y a veces del interior también, sobre su momento de atención. Es cuando así constata que sentir excesivamente, si a veces es gozar en exceso, es otras sufrir con prolijidad,

y porque lo constata, es que el soñador es llevado a dar el segundo paso en su ascenso hacia sí mismo. Pongo aparte el paso que él podrá o no dar, y que, consecuentemente él pueda o no dar, determinará tal o cual actitud, forma de marcha, en los pasos que va dando, según pueda o no aislarse por completo de la vida real (si es rico o no, redundando en eso). Porque supongo comprendido en las entrelíneas de lo que narro que, consecuentemente, es o no posible al soñador aislarse y darse a sí mismo, con menor o mayor intensidad él debe concentrarse sobre su obra de despertar enfermizamente el funcionamiento de sus sensaciones de las cosas en los sueños.

Quien tiene que vivir entre los hombres, activamente y encontrándolos —y es realmente posible reducir al mínimo la intimidad que se ha de tener con ellos (la intimidad, y no el mero contacto, con gente, es lo perjudicador)—, tendrá que hacer helar toda su superficie de convivencia para que todo el gesto fraternal y social hecho a él resbale y no entre o no se imprima. Parece mucho esto, pero es poco. Los hombres son fáciles de alejar: basta que no nos acerquemos. En fin, paso sobre este punto y me reintegro en lo que me explicaba.

El crear una agudeza y una complejidad inmediata a las sensaciones

las más simples y fatales, conduce, dije, si bien a aumentar inmoderadamente el gozo que sentir da, también a elevar con despropósito el sufrimiento que proviene de sentir. Por eso el segundo paso del soñador deberá ser evitar el sufrimiento. No deberá evitarlo como un estoico o un epicureísta de la primera manera, desanidándose porque así se endurecerá tanto para el placer como para el dolor. Deberé al contrario ir a buscar el dolor en el placer, y pasar en seguida a educarse a sentir el dolor falsamente, esto es, a tener, al sentir dolor, un placer cualquiera. Hay varios caminos para esa actitud. Uno es aplicarse exageradamente a analizar el

dolor, teniendo preliminarmente dispuesto el espíritu ante el placer, no analizar sino sólo sentir; es una actitud mil fácil, a los superiores, es claro, de lo que la misma parece. Analizar el dolor y habituarse a entregar el dolor siempre que aparece, y hasta que eso suceda por instinto y sin pensar en eso, al análisis, añade a todo el dolor el placer de analizar. Exagerado el poder y el instinto de analizar, breve su ejercicio absorbe todo y del dolor queda solo una materia indefinida para el análisis.

Otro método, mas sutil y mas difícil, es habituarse a encarnar el dolor en una determinada figura ideal. Crear otro Yo que sea el encargado de sufrir en

nosotros, de sufrir lo que sufrimos. Crear después un sadismo interior, masoquista, que goce su sufrimiento como si fuese de otro. Este método — cuyo aspecto primero, leído, es imposible— no es fácil, pero está lejos de contener dificultades para los iniciados en la mentira interior. Pero es eminentemente realizable. Y entonces, conseguido esto ¡qué sabor a sangre y a enfermedad, qué extraño impedimento de gozo remoto y decadente, que el dolor y el sufrimiento revisten! Doler se parece al inquieto e hiriente auge de los espasmos. Sufrir, el sufrir largo y lento, tiene el pálido color de la vaga felicidad de las convalecencias profundamente

sentidas. Y un perfecto deterioro al desasosiego y a la enfermedad, aproxima esa sensación compleja de la inquietación que los placeres causan en la idea de que huirán, y la enfermedad que los goces sacan del precansancio que nace de pensar en el cansancio que traerán.

Hay un tercer método para sutlizar en placeres los dolores y hacer de las dudas y de las inquietaciones un blando lecho. Es el dar a las angustias y a los sufrimientos, por una aplicación irritada de la atención, una intensidad tan grande que por el propio exceso traigan el placer del exceso, así como por la violencia sugieran a quien por hábito y

educación de alma al placer se avoca y dedica, el placer que duele porque es mucho placer, el gozo que sabe a sangre porque hirió. Y cuando, como en mí — perfeccionador que soy de perfecciones falsas, arquitecto que me construyo de sensaciones sutilizadas a través de la inteligencia, de la abdicación de la vida, del análisis y del propio dolor— los tres métodos son empleados conjuntamente, cuando un dolor, sentido inmediatamente, y sin demoras como estrategia íntima, es analizado hasta la sequedad, colocado en un Yo exterior hasta la tiranía, y enterrado en mí hasta el auge de ser dolor, entonces verdaderamente yo me siento el

triunfador y el héroe. Entonces se me para la vida, y el arte se me arroja a los pies.

Todo esto constituye sólo el segundo paso que el soñador debe dar a su sueño.

El tercer paso, el que conduce al umbral rico del Templo. ¿Quién si no yo lo supo dar? Ese Es el que cuesta porque exige aquel esfuerzo interior que es inmensamente mas difícil que el esfuerzo en la vida, pero que trae compensaciones para el alma que la vida nunca podrá dar. Ese paso es, una vez sucedido todo esto, todo lo totalmente y conjuntamente hecho; sí, empleados los tres métodos sutiles y

empleados hasta gastarse, pasar la sensación inmediatamente a través de la inteligencia pura, colarla por el análisis superior, para que ella se esculpa en forma literaria y tome volumen y relevancia propias. Entonces yo la fijé de todo. Entonces yo convertí lo irreal en real y di a lo intangible un pedestal eterno. Entonces fui yo, dentro de mí, Coronado Emperador.

No creáis que yo escribo para publicar, ni para escribir ni para hacer arte de verdad. Escribo, porque ese es el fin, la perfección suprema, la perfección temperamentalmente ilógica, [...] de mi cultura de estados de alma. Si tomo una sensación mía y la

deshilacho hasta poder con ella tejer la realidad interior a la cual yo llamo o bien El Bosque de la Enajenación, o bien el Viaje Nunca Hecho, creed que lo hago no para que la prosa suene lúcida y trémula, o inclusive para que goce con la prosa —aunque eso es lo que más quiero, más esa perfección final agrego, como un caer bello de paño sobre mis escenarios soñados— sino para que dé completa exterioridad a lo que es interior, para que así realice lo irrealizable, y conjugue lo contradictorio y, volviendo el sueño exterior, le dé su máximo poder de puro sueño, paralizador de vida que soy, tallador de inexactitudes, paje enfermo

de mi alma Reina, leyéndole al crepúsculo no los poemas que están en el libro, abierto sobre mis rodillas, de mi Vida, sino los poemas que voy construyendo y fingiendo que leo, y ella fingiendo que oye, mientras la Tarde, allá afuera no sé cómo o dónde, dulcifica sobre esta metáfora erguida dentro de mí en Realidad Absoluta la luz tenue y última de un misterioso día espiritual.

FORMAS DEL BUEN SOÑAR EN LOS METAFÍSICOS

Razonamiento, [...] —todo será fácil y [...], porque es todo para mí sueño. Me ordeno soñarlo y lo sueño. A veces creo en mí un filósofo, que me traza cuidadosamente las filosofías mientras yo, paje, flirteo con su hija, cuya alma soy, a través de la ventana de su casa.

Me limitan, es claro, mis conocimientos. No puedo crear un matemático... Pero me contento con lo que tengo, que da para combinaciones infinitas y sueños sin número. Quién

sabe, por lo demás, si a fuerza de soñar, yo no lograré aún más. Pero no vale la pena. Me basto así.

Pulverización de la personalidad: no sé cuáles son mis ideas, ni mis sentimientos, ni mi carácter... Si siento una cosa, vagamente la siento en la persona visualizada de una criatura cualquiera que aparece en mí. *Substituí mis sueños a mí mismo*. Cada persona es sólo sueño de sí mismo. Yo ni eso soy.

Nunca leer un libro hasta el final, ni leerlo de corrido sin saltar.

No supe nunca lo que sentía. Cuando me hablaban de tal o cual emoción y la describían, siempre sentí que describían

alguna cosa de mi alma, pero, después, pensando, dudé siempre. Lo que me siento ser, nunca sé si lo soy realmente, o si sólo juzgo que lo soy. Soy un personaje de mis dramas.

El esfuerzo es inútil pero entretiene. El razonamiento es estéril, pero es gracioso. Amar es cansador, pero es tal vez preferible a no amar. El sueño, no obstante, substituye todo. En él puede haber toda la noción de esfuerzo sin el esfuerzo real. Dentro del sueño puedo entrar en batallas sin riesgo de tener miedo o de ser herido. Puedo razonar, sin que tenga en vista llegar a una verdad, a la cual nunca llegue; sin querer resolver un problema, que vea

que nunca resuelvo; sin que [...]. Puedo amar sin que me rechacen o me traicionen, o me hastíen. Puedo cambiar de amada y ella será siempre la misma. Y si quisiere que me traicione y si [quisiere que] me esquive, doy las órdenes para que eso me suceda, y siempre como yo quiero, siempre como yo gozo. En sueños puedo vivir las mayores angustias, las mayores torturas, las mayores victorias. Puedo vivir todo eso tal como por fuera de la vida: depende sólo de mi poder en volver vívido el sueño, nítido, real. Eso exige estudio y paciencia interior.

Hay varias maneras de soñar. Una es abandonarse a los sueños, sin intentar

volverlos nítidos, dejarse ir en el vacío y en el crepúsculo de sus sensaciones. Es inferior y cansa, porque ese modo de soñar es monótono, siempre lo mismo. Hay el sueño nítido y *dirigido*, pero ahí el esfuerzo en dirigir el sueño traiciona demasiado el artificio. El artista supremo, el soñador como yo, tiene sólo el esfuerzo de querer que el sueño sea *tal*, que tome tales caprichos... y él se desarrolla delante de él así como él lo desearía, pero no lo podría concebir si se fatigase al hacerlo. Quiero soñarme rey... En un acto brusco lo quiero. Y heme súbito rey de un país cualquiera. Cuál, de qué tipo, el sueño me lo dirá... Es porque yo llegué a esta victoria sobre

lo que sueño que mis sueños me traen siempre inesperadamente lo que yo quiero. Muchas veces perfecciono, al traerla nítida, la vida cuya vaga orden sólo había recibido. Yo soy totalmente incapaz de idear las Edades Medias de diversas épocas y de diversas Tierras que he vivido en sueños. Me deslumbra el exceso de imaginación que desconocía en mí y voy viendo. Dejo los sueños ir... Los tengo tan puros que ellos exceden siempre lo que yo espero de ellos. Son siempre más bellos de lo que yo quiero. Pero esto sólo el soñador perfeccionado puede esperar obtener. He llevado años buscando soñadoramente esto. Hoy lo consigo sin

esfuerzo...

La mejor manera de comenzar a soñar es mediante libros. Las novelas sirven de mucho para el principiante. Aprender a entregarse totalmente a la lectura, a vivir absolutamente con los personajes de una novela, he aquí el primer paso. Que nuestra familia y sus tristezas nos parezcan necias y repugnantes al lado de esas, he aquí la señal del progreso.

Es preciso evitar leer novelas literarias donde la atención sea desviada hacia la forma de la novela. No tengo vergüenza de confesar que así comencé. Es curioso pero las novelas policiales, los [...] es que por una [...] intuición yo

leía. Nunca pude leer novelas románticas detenidamente. Pero eso es una cuestión personal, por no tener carácter amoroso, ni siquiera en sueños. Cada cual cultive, sin embargo, el carácter que tuviere. Recordemos siempre que soñar es buscarnos. El sensual deberá, para sus lecturas, escoger las opuestas a las que fueron las mías.

Cuando la sensación *física* llega, puede decirse que el soñador pasó más allá del primer grado del sueño. Esto es, cuando una novela sobre combates, fugas, batallas, nos deja el cuerpo *realmente* maltrecho, las piernas cansadas... el primer grado está

asegurado. En el caso del sensual, deberá él —sin ninguna masturbación más que mental— tener una eyaculación cuando el momento exacto llegue en la novela.

Después tratará de traer todo eso hacia la mente. La eyaculación, en el caso del sensual (que escojo para el ejemplo, porque es el más violento y encrespante) deberá ser *sentida sin que se haya producido*. El cansancio será mucho mayor, pero el placer es completamente más intenso.

En el tercer grado pasa toda la sensación a ser mental. Aumenta el placer y aumenta el cansancio, pero el

cuerpo ya nada siente, y en vez de los miembros laxos, la inteligencia, la voluntad y la emoción, son las que quedan vacilantes e impotentes... Una vez aquí es tiempo de pasar al grado supremo del sueño.

El segundo grado es construir novelas para sí mismo. Sólo se debe intentar eso cuando está perfectamente mentalizado el *sueño*, como dije antes. Si no, el esfuerzo inicial en crear las novelas, perturbará la perfecta mentalización del gozo.

Tercer grado.

Ya educada la imaginación, basta

querer, y ella se encargará de construir los sueños por sí misma. Ya aquí el cansancio es casi nulo, inclusive el mental. Hay una disolución absoluta de la personalidad. Somos mera ceniza, dotada de alma, sin forma; no siquiera la del agua que es la de la vasija que la contiene.

Bien preparada esta [...], dramas pueden aparecer en nosotros, verso a verso, desarrollándose ajenos y perfectos. Tal vez ya no haya la necesidad de escribirlos; ni eso será preciso. Podremos crear de segunda mano; imaginar en nosotros un poeta escribiendo, y él escribiendo de una

manera, otro poeta mientras tanto escribirá de otra... Yo, en virtud de haber agudizado inmensamente esta facultad, puedo escribir de innumerables maneras diversas, originales todas.

El más alto grado del sueño es cuando, creado un cuadro con personajes, vivimos *todos ellos* al mismo tiempo; *somos todas esas almas conjunta e interactivamente*. Es increíble el grado de despersonalización y engrisamiento del espíritu al cual esto lleva y es difícil, lo confieso, huir a un cansancio general de todo el ser al hacerlo... ¡Pero el triunfo es tal!

Este es el único ascetismo final. No
hay en él fe, ni un Dios.

Dios soy yo.

EL AMANTE VISUAL

Anteeros

Tengo del amor profundo y del uso provechoso de él un concepto superficial y decorativo. Estoy sujeto a las pasiones visuales. Guardo intacto el corazón dado a más irreales destinos.

No me acuerdo de haber amado sino el «cuadro» de alguien, el puro exterior —en el cual el alma no entra más que para hacer ese exterior animado y vivo — y así diferente de los cuadros que los pintores hacen.

Amo así: fijo, por bella, atrayente o

amable, una figura, de mujer o de hombre —donde no hay deseo, no hay preferencia de sexo— y esa figura me obsesiona, me amarra, se apodera de mí. Sin embargo, no quiero más que verla, nada veo con más horror que la posibilidad de conocer y hablar a la persona real que esa figura aparentemente manifiesta.

Amo con la mirada, y no con la fantasía. Porque nada fantaseo de esa figura que me amarra. No me imagino ligado a ella de otra manera, porque mi amor decorativo nada tiene de psicológico. No me interesa saber quién es, qué hace, qué piensa la criatura que me deja ver su aspecto exterior.

La inmensa serie de personas y de cosas que forma el mundo es, para mí, una galería interminable de cuadros, cuyo interior no me interesa. No me interesa, porque el alma es monótona y siempre la misma en toda la gente; difieren sólo sus manifestaciones personales, y lo mejor de ella es lo que transborda hacia el sueño, hacia los modos, hacia los gestos, y así entra al cuadro que me amarra, y en el cual entreveo caras constantes a esa afección.

Para mí una criatura no tiene alma. El alma está sólo con ella misma.

Así vivo, en visión pura, el exterior animado de las cosas y de los seres, indiferente, como un dios de otro mundo,

al contenido-espíritu de ellos. Profundizo el ser propio sólo en extensión, y cuando anhele la profundidad, es en mí, y en mi concepto de las cosas en donde la busco.

¿Qué puede darme el conocimiento personal de la criatura que así amo en *décor*? No una desilusión porque, como en ella sólo amo el aspecto, y nada de ella fantaseo, su estupidez o mediocridad nada resta, porque yo no esperaba sino el aspecto que no tenía que esperar, y el aspecto persiste. Pero el conocimiento personal es nocivo porque es inútil, y lo inútil material es nocivo siempre. ¿Saber el nombre de la criatura para qué? Y es la primera cosa

que, presentado a ella, sé.

El conocimiento personal precisa ser, también, de libertad de contemplación, a la cual mi forma de amar desea. No podemos mirar fijamente, contemplar en libertad, a quien conocemos personalmente.

Lo que es superfluo lo es menos para el artista porque, perturbándolo, disminuye el efecto.

Mi destino natural de contemplador indefinido y apasionado de las apariencias y de la manifestación de las cosas; objetivista de los sueños, amante visual de las formas y de los aspectos de la naturaleza [...]

No es un caso de lo que los

psiquiatras llaman onanismo psíquico, ni siquiera de lo que llaman erotomanía. No fantaseo, como en el onanismo psíquico; no me figuro en sueños amante carnal, ni siquiera amigo de charla, de la criatura en la que fijo la mirada y recuerdo: nada fantaseo de ella. Ni, como el erotómano, la idealizo y la transporto hacia fuera de la esfera de la estética concreta: no quiero de ella, o pienso de ella, más de lo que me da a los ojos y a la memoria directa y pura de lo que los ojos vieron.

EL AMANTE VISUAL

II

Ni alrededor de esas figuras, con cuya contemplación me entretengo, es mi costumbre tejer algún argumento de la fantasía. Las veo, y el valor de ellas, para mí, esta sólo en ser vistas. Todo lo demás que les agregase, las disminuiría, porque disminuiría, por así decir, su «visibilidad».

Todo cuanto fantasease de ellas, forzosamente, en el mismo momento de fantasear, yo lo conocería como falso; y, si lo soñado me agrada, lo falso me

repugna. El sueño puro me encanta, el sueño que no tiene relación con la realidad, ni punto de contacto con ella. El sueño imperfecto, con punto de partida en la vida, me disgusta, o, antes, me disgustaría si yo me enmarañase en él.

Para mí, la humanidad es un vasto motivo de decoración, que vive por los ojos y por los oídos y, aún, por la emoción psicológica. No quiero nada de la vida sino asistir a ella. Nada más quiero de mí sino asistir a la vida.

Soy como un ser de otra existencia que pasa indefinidamente interesado a través de esta. En todo soy ajeno a ella. Hay entre mí y ella como un vidrio.

Quiero ese vidrio siempre muy claro, para poder examinarla sin falla de medio intermedio; pero quiero siempre el vidrio.

Para todo espíritu científicamente constituido, ver en una cosa más de lo que allí está es ver menos esa cosa. Lo que materialmente se agrega, espiritualmente lo disminuye.

Atribuyo a este estado del alma mi repugnancia por los museos. El museo, para mí, es la vida entera, en la cual la pintura es siempre exacta, y sólo puede haber inexactitud en la imperfección del contemplador. Pero esa imperfección, o hago algo por disminuirla o, si no puedo, me contento con que así sea,

pues, como todo, no puede ser sino así.

EL RÍO DE LA POSESIÓN

Que somos todos diferentes, es un axioma de nuestra naturalidad. Sólo nos parecemos de lejos, en la medida, por lo tanto, en que no somos nosotros. La vida es, por eso, para los indefinidos; sólo pueden convivir los que nunca se definen, y son, uno y otro, nadie.

Cada uno de nosotros es dos, y cuando dos personas se encuentran, se aproximan, se unen, es raro que las cuatro puedan estar de acuerdo. El hombre que sueña en cada hombre que

obra, si tantas veces se enfada con el hombre que obra: ¿Cómo no se enfadará con el hombre que obra y el hombre que sueña en el Otro?

Somos fuerzas porque somos vidas. Cada uno de nosotros tiende para sí mismo con escala por los otros. Si tenemos por nosotros mismos el respeto de considerarnos interesantes, [...]. Toda aproximación es un conflicto. El otro es siempre el obstáculo para quien busca. Sólo quien no busca es feliz; porque sólo quien no busca, encuentra, visto que quien no busca ya tiene, y ya tener, sea lo que fuere, es ser feliz, como no pensar es la mejor parte de ser rico.

Te miro, dentro de mí, prometida

supuesta, y ya nos desavenimos antes de que existas. Mi hábito de soñar claro me da una noción justa de la realidad. Quien sueña de más necesita dar realidad al sueño. Quien da realidad al sueño tiene que dar al sueño el equilibrio de la realidad. Quien da al sueño el equilibrio de la realidad, sufre de la realidad de soñar tanto como de la realidad de la vida y de lo irreal del sueño como del sentir la vida irreal.

Te estoy esperando, en devaneo, en nuestro cuarto con dos puertas, y te sueño viniendo y en mi sueño entras hasta mí por la puerta de la derecha; si cuando entras, entras por la puerta de la izquierda, hay ya una diferencia entre tú

y mi sueño. Toda la tragedia humana está en este pequeño ejemplo de cómo aquellos con quien pensamos nunca son aquellos en quien pensamos.

El amor pide identidad con diferencia, lo cual es imposible en la lógica y cuánto más en el mundo. El amor quiere poseer, quiere volver suyo lo que tiene que permanecer fuera para que él sepa que se vuelve suyo y no *es él*. Amar es entregarse. Cuanto mayor es la entrega mayor es el amor. Pero la entrega total entrega también la conciencia del otro. El amor mayor es, por eso, la muerte, o el olvido, o la renuncia; los amores todos que son los absurdos del amor.

En la terraza antigua del palacio, alzado sobre el mar, meditaremos en silencio la diferencia entre nosotros. Yo era príncipe y tú princesa, en la terraza a la orilla del mar. Nuestro amor había nacido de nuestro encuentro, como la belleza se creó del encuentro de la luna con las aguas.

El amor quiere la posesión, pero no sabe qué es la posesión. ¿Si yo no soy mío, cómo seré tuyo, o tú mía? ¿Si no poseo mi propio ser, cómo poseeré un ser ajeno? ¿Si soy ya diferente a aquel de quien soy idéntico, cómo seré idéntico a aquel de quien soy diferente?

El amor es un misticismo que quiere practicarse, una imposibilidad que sólo es soñada como debiendo ser realizada.

Metafísico. Pero toda la vida es una metafísica a oscuras con un rumor de dioses y el desconocimiento de la ruta como única vía.

La peor astucia conmigo de mi decadencia es mi amor a la salud y a la claridad. Creí siempre que un cuerpo bello y el ritmo feliz de un andar joven tenían más competencia en el mundo que todos los sueños que hay en mí. Es con una alegría de la vejez por el espíritu que sigo a veces —sin envidia ni deseo— los pares casuales que la tarde junta

y caminan brazo con brazo para la conciencia inconsciente de la juventud. Los gozo como gozo una verdad, sin que piense si me dice o no algo al respecto. Si los comparo conmigo, continúo gozándolos, pero como quien goza una verdad que lo hiere, juntando al dolor de la herida la conciencia de haber comprendido a los dioses.

Soy lo contrario de los espiritualistas simbolistas para quien todo el ser, y todo acontecimiento, es la sombra de una realidad de la cual es sólo la sombra. Cada cosa, para mí, es, en vez de un punto de llegada, un punto de partida. Para el ocultista todo acaba

en todo; todo comienza en todo, para mí.

Procedo, como ellos, por analogía y sugestión, pero el jardín pequeño que les sugiere el orden y la belleza del alma, a mí no me recuerda más que el jardín mayor donde pueda ser, lejos de los hombres, feliz la vida que no lo puede ser. Cada cosa me sugiere no la realidad de la cual es sombra, sino la realidad para la cual es el camino.

El jardín de la Estrella, durante la tarde, es para mí la sugerencia de un parque antiguo, en los siglos anteriores al discontentamiento del alma.

VÍA LÁCTEA

... con astucias de frase de una espiritualidad venenosa...

... rituales de púrpura ruta, ceremoniales misteriosos de ritos contemporáneos de nadie.

... secuestradas sensaciones sentidas en otro cuerpo que el físico, pero el cuerpo es físico a su modo, zanjando sutilezas entre complejas y simples...

... lagunas donde acecha, translúcida, una intuición de oro deslucido, tenuemente desprovista de haberse, alguna vez, realizado y, sin

duda, por coleantes perfecciones, lirio entre manos muy blancas...

... pactos entre el entumecimiento y la angustia, verde-negros, tibios a la vista, cansados entre centinelas de tedio...

... nácar de inútiles consecuencias, alabastro de frecuentes maceraciones; oro, morado y riberas los entretenimientos con ocasos, pero ni barcos para mejores márgenes, ni puentes para crepúsculos mayores...

... ni siquiera al borde de la idea de tanques, de muchos tanques, lejanos a través de álamos o cipreses tal vez, según las sílabas sentidas con que la hora pronunciaba su nombre...

... por eso, ventanas abiertas sobre muelles, continuo olear contra dársenas, séquito confuso como ópalos, loco y absorto, entre los que amarantos y terebintos escriben los insomnios de entendimiento en los muros oscuros de poder oír...

... hilos de plata rara, nexos de púrpura deshilachada, bajo tilas sentimientos inútiles, y por alamedas donde brujos callan, pares antiguos, abanicos súbitos, gestos vagos, y mejores jardines sin duda esperan el cansancio plácido de no más que alamedas y alamedas...

... glorietas, pérgolas, cavernas de artificio, canteros hechos, contrafuertes,

todo el arte heredado de maestros muertos que habían, entre duelos íntimos —entre lo que permanece insatisfecho y lo que es evidente—, decidido procesiones de cosas hacia sueños por las calles angostas de las aldeas antiguas de las sensaciones...

... rumor a mármol en lejanos palacios, reminiscencias poniendo las manos sobre las nuestras, miradas casuales de indecisiones, ocasos en cielos fatídicos, anocheciendo en estrellas sobre silencios de imperios que decaen...

Reducir la sensación a una ciencia, hacer del análisis psicológico un método preciso como un instrumento de micrós-

copo [sic]; pretensión que ocupa, sed calma, el nexo de voluntad de mi vida...

Es entre la sensación y la conciencia de ella que pasan todas las grandes tragedias de mi vida. En esa región indeterminada, sombría, de bosques y sonidos de agua toda, neutral hasta al ruido de nuestras guerras, transcurre aquel mi ser cuya visión en vano busco...

Yazgo mi vida. (Mis sensaciones son un epitafio, por demás extenso, sobre mi vida muerta.) Me acontezco la muerte y ocaso. Lo máximo que puedo esculpir es sepulcro mío la belleza interior.

Los portones de mi alejamiento abarcan parques de infinito, pero nadie

pasa por ellos, ni en mi sueño; pero abiertos siempre para lo inútil y de hierro eternamente para lo falso...

Deshojo apoteosis en los jardines de las pompas interiores y entre brujos de sueño aplasto, con una sonoridad dura, las alamedas que conducen a Confuso.

Acampé Imperios en el Confuso, a la orilla de silencios, en la guerra ocre en la cual acabará lo Exacto.

El hombre de ciencia reconoce que la única realidad para sí es él mismo, y el único mundo real el mundo como su sensación lo da. Por eso, en lugar de seguir el falso camino de intentar ajustar sus sensaciones a las de los otros,

haciendo ciencia objetiva, intenta, antes, conocer perfectamente su mundo y su personalidad. Nada más objetivo que sus sueños. Nada más suyo que su conciencia de sí. Sobre esas dos realidades perfecciona él su ciencia. Es muy diferente ya de la ciencia de los antiguos científicos que, lejos de buscar las leyes de su propia personalidad y la organización de sus sueños, buscaban las leyes de lo «exterior» y la organización de aquello a lo cual llamaban «Naturaleza».

En mí lo que hay de primordial es el hábito y el modo de soñar. Las circunstancias de mi vida, desde niño

solo y tranquilo, otras fuerzas tal vez, moldeándome, de lejos, por herencias oscuras a su siniestro corte, hicieron de mi espíritu una constante cadena de devaneos. Todo lo que yo soy está en esto, e inclusive aquello que en mí más lejos parece de destacar lo soñador, pertenece sin escrúpulo al alma de quien sólo sueña, elevada ella a su mayor grado.

Quiero, para mi propio gusto analizarme, ir, en la medida en que eso me facilite, ir poniendo en palabras los procesos mentales que en mí son uno solo, ese, el de una vida devota al sueño, de un alma educada sólo en soñar.

Viéndome desde fuera, como casi siempre me veo, yo soy un inepto para la acción, perturbado al tener que dar pasos y hacer gestos, inhábil para hablar con los otros, sin lucidez interior para entretenerme con lo que me cause esfuerzo al espíritu, ni secuencia física para aplicarme a cualquier mero mecanismo de entretenimiento trabajando.

Eso es natural que yo sea. El soñador se entiende que sea así. Toda la realidad me perturba. El habla de los otros me lanza en una angustia enorme. La realidad de las otras almas me sorprende constantemente. La vasta red de inconsciencias que es toda la acción

que yo veo me parece una ilusión absurda, sin coherencia plausible, nada.

Pero si se juzgare que desconozco los trámites de la psicología ajena, que yerro la percepción nítida de los motivos y de los íntimos pensamientos de los otros, habrá equívocos sobre lo que soy.

Porque yo no sólo soy un soñador sino que soy un soñador exclusivamente. El hábito único de soñar me dio una extraordinaria nitidez de visión interior. No sólo veo con espantoso y a veces repugnante relieve las figuras y los *décors* de mis sueños, sino que con igual relieve veo mis ideas abstractas, mis sentimientos humanos —lo que de ellos

me resta—, mis secretos impulsos, mis actitudes psíquicas ante mí mismo. Afirmo que mis propias ideas abstractas, yo las veo en mí, yo con una interior visión real las veo en un espacio interno. Y así sus meandros me son visibles en sus mínimos.

Por eso, me conozco completamente y, a través de conocerme completamente, conozco completamente la humanidad toda. No hay bajo impulso, como no hay noble objetivo, que no haya sido relámpago en mi alma; y yo sé con qué gestos cada uno se muestra. Bajo las máscaras que las malas ideas usan, de buenas o indiferentes, inclusive dentro de nosotros, yo por los gestos las

conozco por quienes son. Sé lo que en nosotros se esfuerza por engañarnos. Y así a la mayoría de las personas que veo les conozco mejor que ellas a sí mismas. Me dedico muchas veces a sondarlas, porque así las vuelvo más. Conquistó el psiquismo que explico, porque para mí soñar es poseer. Y así se ve cómo es natural que yo, soñador como soy, sea el analítico que me reconozco.

Entre las pocas cosas que a veces me complace leer, destaco, por eso, las piezas de teatro. Todos los días pasan piezas en mí, y yo conozco a fondo cómo es que se proyecta un alma en la proyección de Mercator, planamente. Me entretengo poco, no obstante, con

esto; tan constantes, vulgares y enormes son los errores de los dramaturgos. Nunca ningún drama me contentó. Conociendo la psicología humana con una nitidez de relámpago, que sondea todos los rincones con una sola mirada, el grosero análisis y construcción de los dramaturgos me hiere, y lo poco que leo en este género me disgusta como un borrón de tinta atravesado en la escritura.

Las cosas son la materia para mis sueños; por eso aplico una atención distraídamente sobreatenta a ciertos detalles del Exterior.

Para dar relieve a mis sueños preciso conocer cómo es que los

paisajes reales y los personajes de la vida nos aparecen relevantes. Porque la visión del soñador no es como la visión del que ve las cosas. En el sueño, no hay el asentar de la vista sobre lo importante y lo inimportante de un objeto que hay en la realidad. Sólo lo importante es lo que el soñador ve. La realidad verdadera de un objeto es sólo parte de él; el resto es el pesado tributo que él paga a la materia a cambio de existir en el espacio. Semejantemente, no hay en el espacio realidad para ciertos fenómenos que en el sueño son palpablemente reales. Un poniente real es imponderable y transitorio. Un poniente de sueño es fijo y eterno. Quien sabe

escribir es el que sabe ver sus sueños nítidamente (y es así) o ver en sueño la vida, ver la vida inmaterialmente, sacándole fotografías con la máquina del devaneo, sobre la cual los rayos de lo pesado, de lo útil y de lo circunscrito no tienen acción, dando negro en la película espiritual.

En mí esta actitud, que el mucho soñar me enquistó, me hace ver siempre de la realidad la parte que es sueño. Mi visión de las cosas suprime siempre en ellas lo que mi sueño no puede utilizar. Y así vivo siempre en sueños, inclusive cuando vivo en la vida. Mirar hacia un poniente en mí o hacia un poniente en el Exterior es para mí la misma cosa,

porque veo de la misma manera, puesto que mi visión es trazada mismamente.

Por eso la idea que tengo de mí es una idea que a muchos parecerá equivocada. De cierto modo es equivocada. Pero yo me sueño a mí mismo y de mí escojo lo que es soñable, componiéndome y recomponiéndome de todas las maneras hasta estar bien ante lo que exijo de lo que soy y no soy. A veces el mejor modo de ver un objeto es anularlo; pero él subsiste, no sé explicar cómo, hecho de materia de negación y anulación; así hago a grandes espacios reales de mi ser que, suprimidos en mi cuadro de mí, me transfiguran hacia mi realidad.

¿Cómo entonces no me engaño sobre mis íntimos procesos de ilusión de mí? Porque el proceso que saca hacia una realidad más que real un aspecto del mundo o una figura de sueño, saca también hacia lo más que real una emoción o un pensamiento; lo despoja por lo tanto de todo pertrecho noble o puro cuando, lo que casi siempre sucede, no lo es. Nótese que mi objetividad es absoluta, la más absoluta de todas. Yo creo el objeto absoluto, con cualidades de absoluto en lo concreto. Yo no huí de la vida propiamente, en el sentido de buscar para mi alma una cama más suave, sólo cambié de vida y encontré en mis sueños la misma

objetividad que encontraba en la vida. Mis sueños —en otra página estudio esto— se yerguen independientes de mi voluntad y muchas veces me chocan y me hieren. Muchas veces lo que descubro en mí me desuela, me avergüenza (tal vez por un resto de humano en mí: ¿qué es la vergüenza?) y me asusta.

En mí el devaneo ininterrumpido substituye la atención. Pasé a sobreponer a las cosas vistas, inclusive soñadamente vistas, otros sueños que conmigo traigo. Desatento ya suficientemente para hacer bien aquello a lo cual llamé ver las cosas en sueño,

aún así porque esa desatención era motivada por un perpetuo devaneo y una, también no exageradamente atenta, preocupación con el transcurso de mis sueños, sobreponiendo lo que sueño al sueño que veo e intersecciono la realidad ya despojada de la materia con un inmaterial absoluto.

De ahí la habilidad que adquirí en seguir varias ideas al mismo tiempo, observar las cosas y al mismo tiempo soñar asuntos muy diversos, estar al mismo tiempo soñando un poniente real sobre el Tajo real y una mañana soñada sobre un Pacífico interior; y las dos cosas soñadas se intercalan una en la otra, sin mezclarse, sin propiamente

confundir más de lo que el estado emotivo diverso que cada uno provoca, y soy como alguien que viese pasar en la calle mucha gente y simultáneamente sintiese desde adentro las almas de todos —lo que tendría que hacer en una unidad de sensación— al mismo tiempo que veía los varios cuerpos —esos los tenía que ver diversos— cruzarse en la calle llena de movimientos de piernas.

Notas

[1] El título de este artículo, que originalmente fue el prefacio al libro de poemas *Alma errante* (1932) de Eliezer Kamenezky, es responsabilidad del editor Antonio Daniel Abreu, que publicó *As Origens e Essência da Maçonaria*, en San Pablo, en 2006. <<

[2] Publicado originalmente el 4 de febrero de 1935 en el Diario de Lisboa, número 4.388. <<

[3] Incluído en el volumen *O Banqueiro Anarquista e outras prosas*, Editora Cultrix, Universidade de São Paulo, 1988. <<

[4] Los textos aquí citados aparecen bajo el subtítulo «Os Grandes Trechos» del *Livro do Desassossiego*, Companhia das Letras, São Paulo, 2006. <<

[5] Karl Gotthelf, Barón Von Hund fue iniciado en 1742 en Francfort y recibió los altos grados en 1743 en el Capítulo de Clermont en París. <<

[6] La doctrina de la Palabra Perdida existe como un arcano en las liturgias religiosas y en las sociedades masónicas. Cada cual tiene su respectiva explicación teológica o filosófica de esta idea, pero todos se relacionan con una concepción fundamental que se arraiga profundamente en las primeras creencias del hombre. La mayor parte de estas explicaciones sobre la Palabra Perdida tienen por base la frase bíblica: «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios» (San Juan 1:1-3). <<

[7] «*Longe vá o agouro*»: ¡Qué la mala suerte se vaya lejos! <<

[8] Mariscal Hermann Wilhelm Göring
(1893-1946). <<

[9] Cascais, pequeña ciudad portuguesa de alrededor de 33.000 habitantes, situada a 25 km al oeste de Lisboa. <<

[¹⁰] En inglés, rotación o rulemán. <<

[¹¹] Lugarteniente de Don Manuel II, fue quien firmó (1932) el documento que declaraba legítimo sucesor de la casa de Bragança a Don Duarte, único sobreviviente en línea sucesoria, apoyado por el Integralismo lusitano. <<

[12] Creador del llamado Tarot de Marsella. <<

[13] Ocultista y místico estadounidense.

<<

[14] El pentáculo o pentagrama, forma parte de muchas culturas y es un símbolo antiguo. Muchas personas afirman que su origen es celta. Es un mandala (círculo de valores mágicos, infinitos y ocultos) para todos los practicantes de la religión Wicca. El pentáculo, como dice su propio nombre, tiene cinco puntas. Si comparamos la estrella con la forma humana, observaremos que la punta superior sería la cabeza y representa el Éter (espíritu). La punta derecha sería el brazo derecho que representa el aire. La punta izquierda sería el brazo izquierdo que representa el fuego. La punta

derecha inferior, la pierna derecha que representa el agua. La punta izquierda inferior, la pierna izquierda que representa la tierra. <<

[15] El Caduceo o emblema de Hermes (Mercurio) es un bastón alrededor del cual se entrelazan dos serpientes y en cuya parte superior ostenta un par de alas. Hermes o Mercurio era invocado antiguamente como dios de los pastores y protector de los rebaños, de los caballos y de los animales salvajes; más tarde se transformó en dios de los viajeros y los comerciantes o mercaderes. <<